

ARTURO USLAR PIETRI

APUNTES
PARA
RETRATOS

71

CUADERNOS LITERARIOS DE LA
"ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS"
CARACAS 1952

CAVO
E
71

**ARTURO USLAR
PIETRI**

Es de los más altos exponentes de la literatura nacional americana. Su obra de cuentista, novelista y ensayista lo sitúa entre los primeros grandes escritores del Continente.

Nació en Caracas el 16 de mayo de 1906. Aquí realizó todos sus estudios hasta obtener, en 1929, el Doctorado en Ciencias Políticas por la Universidad Central de Venezuela. Ha tenido una destacada figuración en la vida pública del país. Entre otros altos cargos administrativos ha desempeñado los siguientes: Ministro de Educación (1939 - 1941); Secretario del Presidente de la República (1941-1943); Ministro de Hacienda (1943); Ministro de Relaciones Exteriores (1945). En el campo de la docencia ha sido: Profesor de Economía Política de nuestra Universidad Central (1937-1941); Profesor de Literatura Hispánica de la Universidad de Columbia, New York (1947-1950); Profesor de Literatura Venezolana de la Universidad Central (desde 1950).

Honores recibidos: Gran Cordón de la Orden del Libertador (Venezuela); Orden Francisco de Miranda (Venezuela); Medalla de Honor de la Instrucción Pública (Venezuela); Gran Cruz de la Orden de Boyacá (Colombia); Gran Oficial de la Orden del Mérito (Ecuador); Gran Cruz de

e Escritores Venezolanos

RECTIVA PARA 1951 - 53

Presidente:

RON DIAZ SANCHEZ

Vice-Presidente:

ALAZAR DOMINGUEZ

Secretario General:

BLO DOMINGUEZ

Secretario de Propaganda:

ELBA ARRAIZ

Secretario de Propaganda:

MURDES MORALES

Tesorero:

AL VENEGAS FILARDO

Subtesorero:

MERCEDES BARROETA

Director de Publicaciones:

ESCALONA - ESCALONA

Consultor Jurídico:

MIS COVA GARCIA

Bibliotecario:

DE ARMAS CHITTY

Tribunal Disciplinario:

POUY — MIREYA GUEVARA

GUARDO CARREÑO

Caracas. — Venezuela.

SA DEL ESCRITOR

Teléfono 93.848

Asociación de Escritores Venezolanos

JUNTA DIRECTIVA PARA 1951 - 53

Presidente:

RAMON DIAZ SANCHEZ

Vice-Presidente:

JOSE SALAZAR DOMINGUEZ

Secretario General:

PABLO DOMINGUEZ

Secretario de Propaganda:

ELBA ARRAIZ

Subsecretario de Propaganda:

LOURDES MORALES

Tesorero:

PASCUAL VENEGAS FILARDO

Subtesorero:

ANA MERCEDES BARROETA

Director de Publicaciones:

J. A. ESCALONA - ESCALONA

Consultor Jurídico:

LUIS COVA GARCIA

Bibliotecario:

J. A. DE ARMAS CHITTY

Tribunal Disciplinario:

WALTER DUPOUY — MIREYA GUEVARA

EDUARDO CARREÑO

Caracas. — Venezuela.

CASA DEL ESCRITOR

Apartado 429.

Teléfono 93.848

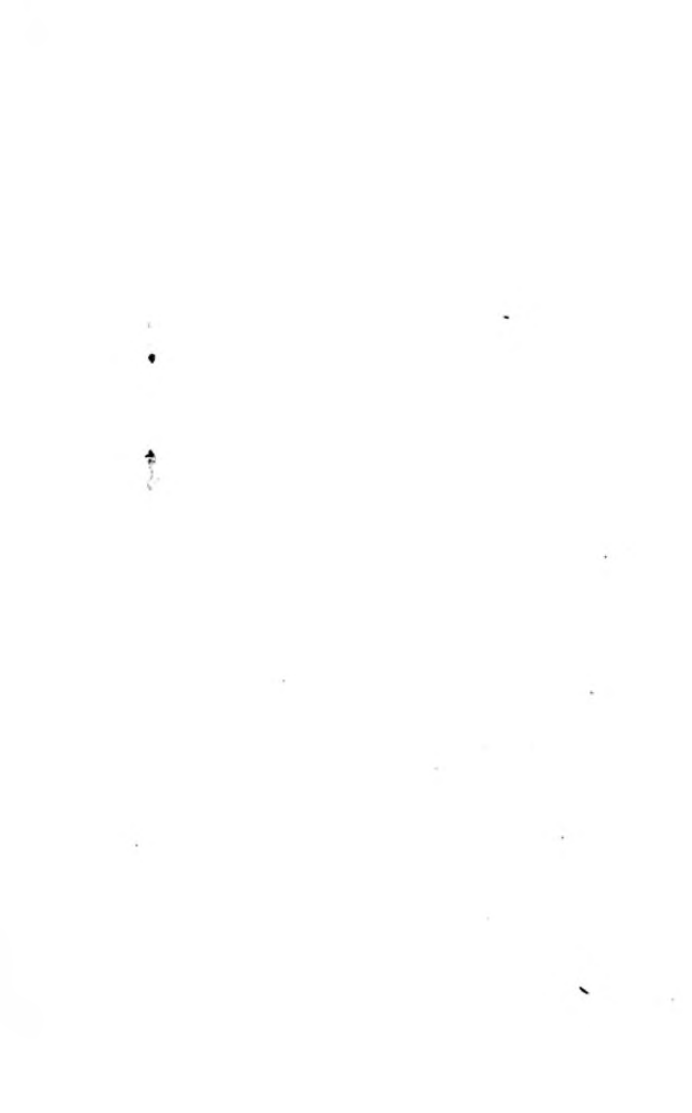
ARTURO USLAR PIETRI

APUNTES
PARA
RETRATOS

CUADERNOS LITERARIOS DE LA
"ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS"
CARACAS 1952



Arturo Uslar Pietri



LA REINA Y EL MARINO

En el mismo año de 1451, con pocos meses de diferencia, nacieron la reina Isabel de Castilla y Cristóbal Colón. Ella en abril y él en setiembre u octubre. Ella en el castillo de Madrigal de las Altas Torres, en la corte de su padre el rey Don Juan II, y él, fuera de los muros de Génova, cerca de la Porta de la Olivella, en la casa del tejedor Domenico Colombo.

Los dos tenían en común la muy clara noción de que habían venido al mundo destinados por Dios a cumplir una misión. Ella lucha desde niña por la misión de darle a España unidad inquebrantable. Y él se lee las profecías, los libros cabalísticos, el oscuro lenguaje poético de Séneca, y los tratados cosmográficos en busca de señales y anuncios. Los dos se unen de una manera casi mágica, contra todas las dificultades de los tiempos y contra todas las objeciones de la razón, para realizar la Empresa de las Indias.

La Empresa de las Indias ha sido una de las más desesperadas empresas que haya acometido el hombre. Todos sabían que la tierra era redonda. Era una verdad conocida desde la Física de Aristóteles. Todos sabían que navegando hacia el Occidente se podía alcanzar la

costa más oriental del extremo Oriente. Aquellas tierras de Catay y del Preste Juan que había visitado Marco Polo. Y aquella áurea isla de Cipango de que también había hablado el explorador veneciano.

Lo que se dudaba era que fuera posible con las embarcaciones conocidas atravesar la inmensa extensión de agua que debía separar las costas de Europa de las de Asia. Aquel Mar Océano, que hervía en la Zona Tórrida, y en cuya inagotable extensión hubieran perecido los que se aventurasen a navegarlo de parte a parte.

Colón leía y anotaba su "Imago Mundi" del francés Pierre d'Ailly. De aquel libro de cabecera sacó la noción falsa de que la distancia entre Asia y Europa era más pequeña de lo que sostenía la opinión ilustrada de su tiempo. Si no hubiera encontrado a América a mitad de camino su error habría terminado en tragedia.

Era un extraordinario hombre de mar con un gran sueño en la cabeza. Toda la historia de sus navegaciones lo pintan como un gran marino. Tanto como el conocimiento de las artes de la navegación tenía el instinto del mar. No era cosa fácil hallar un hombre tan dotado para su oficio, entregado por entero a un empeño visionario.

La reina estaba hecha para entenderlo. Ella también conocía su oficio político a fondo y tenía el instinto maravilloso del gobierno, pero todo ello lo subordinaba a aquel concepto de su misión. Fernando su marido, el aragonés, era en cambio puramente un hombre del oficio de la política. Cuando Maquiavelo busca un modelo vivo para su Príncipe lo señala a él. Era un experto consumado en el juego de engaños de

la política del Renacimiento. Gozaba fríamente con haber engañado una docena de veces al rey de Francia. Pero no se sentía poseído ni del demonio ni del ángel de una misión.

Ella era mujer hermosa, recatada y de mucha virtud. Heredó un trono tambaleante y un reino deshecho. La Castilla de las facciones y de los tristes escándalos de su hermano Enrique IV. Se puso a la tarea de crear un orden de acuerdo con los severos principios que profesaba. Hizo una Castilla conforme a su voluntad, que había de imponer el legado de su voluntad unitaria a toda la España posterior. Una Castilla con una sola autoridad, con una sola ley, con una sola fe, con un solo camino. Hecha por el hierro, por la persuasión, por la virtud, por el sacrificio.

Conoce y ama los espíritus de gran temple. Después de Fray Hernando de Talavera, su director y confesor será el futuro Cardenal Cisneros. Aquel fraile ascético, heroico e iluminado que quiere hacer una España culta, activa, penitente y guerrera. Y para ello reformar el Estado, la sociedad, la religión y los estudios.

Va ella a la guerra, a los claustros, a la junta de los teólogos, a su silla de justicia. Todo ha de servir a los altos fines que se propone. Y todo ha de someterse a ellos.

En el campamento de la guerra de Granada viene a verla Colón. Viene a verla comprometida con todos sus recursos en la empresa de la reconquista. En una hora en que no podía tener oídos para nada que fuera distinto. Pero algo hay en el genovés que ella adivina. Algo hay en aquella empresa de las Indias que él propone que a ella no le parece desvarío, ni sueño, ni

importunidad, sino parte lógica del empeño que ella viene realizando.

Los sabios y los cosmógrafos podían ver con burla a aquel hombre que sostenía un error manifiesto sobre la dimensión verdadera del globo terráqueo, pero ella sentía aquella verdad, más invisible y profunda, que alentaba en él y en sus palabras.

La Empresa de las Indias se va a transformar en el nacimiento del Nuevo Mundo. En la más extraordinaria cláusula del testamento unitario de Isabel. De lo que está en el espíritu de esos dos seres que dialogan, la reina y el marino, va a hacerse por cinco siglos la más duradera realidad de un mundo que ellos no podían siquiera vislumbrar. La Castilla conformada a los ideales de Isabel es la que va a labrar lo más tradicional del alma americana.

Entre los libros del marino estaba la "Medea" de Séneca. La reina católica debía conocerla por su maestra de latín. Séneca era español y su estoicismo estaba empapado de emoción cristiana. Colón debió recordarle aquel pasaje, que él tanto había marcado en su libro y sobre el que tanto había meditado. Decía: "Tras de muchos años vendrá una edad en la que el Océano soltará la cadena de las cosas y será revelada una inmensa tierra, cuando Tifis mostrará nuevos mundos y Tulé ya no será la última".

Muchos años más tarde, Fernando Colón, hijo del Descubridor, que fué grande amante de los libros y que conservó todos los que pertenecieron a su padre, puso al pie de esa página, la que pudiera ser la síntesis de toda la misteriosa esencia de aquella empresa sobrehumana: "Esta profecía la cumplió mi padre... el Almirante en el año de 1492".

EL PROCURADOR DE VENEZUELA

Los comienzos de la ciudad de Caracas fueron pobres y duros. Quien hojea los primeros libros de actas del Cabildo recibe una impresión de desamparo, de soledad, de indigencia.

Veinte años después de fundada, con su pomposo título de ciudad, con su sello del león rampante y su venera de la orden militar, Santiago de León era apenas una pobre aldea. Tenía entonces también su monte y su valle, que por contraste parecían más grandes que hoy. Por el monte se internaban las trochas de los indios.

No había ni iglesia alta, ni palacio ancho. Pobres casas de barro pisado y muchas chozas manchaban los solares abiertos. El cabildo se reunía en la chata casa de tejas y patio donde vivía el Gobernador. Las decisiones a son de tambor las iba a publicar a la plaza el pregonero. Para 1573 lo era Juan Cadenas. Para 1589 lo era Lorenzo, "indio ladino y cristiano".

El Cabildo se ocupaba de tasar precios, de repartir tierras, de registrar hierros de ganado, de dar permisos para ir a catear oro en las quebradas vecinas.

El comercio era poco. Se vendía carne y algunos víveres. Sólo estaban autorizadas tres tabernas, "y no más, en las cuales se venda el vino por menudo".

En las tierras concedidas a los vecinos se sembraba maíz y trigo. Pronto hubo algún molino en la ribera

de un riachuelo. Otros tenían "hatos" con vacas y caballos.

El agua corría por acequias por en medio de la polvorienta calle que dividía los solares.

Las vacas se escapaban a pastar por los maizales y los agricultores iban con la queja al Cabildo. La misma pobreza y limitación de los medios los hacía más pugnaces.

Los más criaban cerdos en sus casas y los cerdos se iban a hozar y a hacer fangales en la acequia de la calle. En la hora de la siesta sólo se oía el gruñir de los cerdos en la acequia. El Cabildo tuvo que prohibir la cría de cerdos en las casas de Santiago de León.

Los más vivían de lo que daban sus tierras. Había poco con que comprar y poco que vender. Algún poco de paño cuando venía el barco de España, algún arnés para la cabalgadura, y alguna carne y aceite. De vez en cuando algún cuartillo de vino.

Había poca moneda y el oro era escaso. Se pagaba en pedazos o en polvo de oro. A los negros no se les recibía el polvo de oro porque se temía que proveniese de hurto. Del paciente limar sobre el oro del amo.

Fué entonces cuando se empezaron a usar las perlas de Margarita como moneda. Había algunos vecinos con embarcaciones que traían perlas de la isla. El Cabildo discutió el problema de usar las perlas como moneda durante varios días y al fin accedió a autorizar su uso. Con diez y seis reales de perlas se podía comprar y pagar lo mismo que con un peso de oro fino.

No todos estuvieron contentos con esta medida. Hubo que obligar a los panaderos a recibir las perlas en pago de sus hogazas.

Todo esto era trabajo para el Fiel Ejecutor que

era el funcionario municipal encargado de regular y tasar todas las compras y ventas. La remuneración de su empleo se hacía en especies. De cada barril de higos o dátiles a los que fijaba precio tomaba una libra. De cada botija de vino, medio real.

A veces amenazaba la dura y reconcentrada vida de aquella aldea capital la noticia de la cercanía de algún corsario. O una plaga de gusanos comenzaba a devorar las sementeras. La amenaza de la pérdida de la cosecha era tan grave como la de los piratas franceses, holandeses e ingleses.

El remedio para la plaga era la rogativa. Pero para la rogativa solemne había que buscar un abogado celestial. En lo peor del azote de gusanos el Cabildo ordenó decir una misa al Espíritu Santo, después de la cual se sacó por suertes el nombre del santo. Resultó el "bienaventurado San Jorge". Con mucha solemnidad los vecinos lo proclamaron por protector de la cosecha contra el gusano y ordenaron celebrar su día todos los años. San Sebastián y San Mauricio eran ya abogados para la plaga de la langosta.

De los cirios y los cantos de la rogativa volvían a la estrechez de los mezquinos quehaceres. La pobreza era a veces tan grande como la desesperanza. Pensaban entonces ocurrir al lejano rey en su corte española. Al señor Don Felipe II, hijo de Don Carlos el César.

Después de todo eran una Provincia. Eran las villas de la Gobernación de Venezuela. Un territorio vasto que había sido el de los Welsers y que iba desde el Morro de Maracapaná hasta el Cabo de la Vela. Unas desmirriadas villas perdidas en mucha tierra. Pero todas juntas podrían tal vez hacerse oír de tan alto y poderoso rey.

A fines de 1589, siendo Gobernador Diego Osorio, se decidió enviar un Procurador para gestionar ante el Rey las muchas necesidades de la Provincia. Cada ciudad diputó una persona para que, conjuntamente con el Cabildo de Santiago de León, escogieran la que había de llevar la completa representación de la Provincia en aquella misión. Para el caso concurrieron los representantes de El Tocuyo, de la Nueva Valencia del Rey, de San Sebastián de los Reyes, de la Nueva Segovia de Barquisimeto, del Portillo de Carora y de la Nueva Zamora de la Laguna de Maracaibo.

Era la primera vez que alguien iba a estar investido con la representación de toda la Provincia y a hablar en nombre de ella ante el poderoso monarca que era su señor.

Escogieron a Simón de Bolívar, vecino nuevo, que había llegado con el Gobernador Osorio y en quien todos reconocían sobresalientes aptitudes.

En 1590, munido de completas instrucciones, salió para España el Procurador de Venezuela. Llevaba las esperanzas y las realidades de la Provincia. Iba a transmitir dolores y obtener gracias. A darle voz, ante el hombre que hacía la ley y la historia, a los remotos e imperceptibles reclamos de aquellos seres aventados en el espacio hostil, que luchando con gusanos, con piratas, con cerdos y con pragmáticas, empezaban a echar el surco de una nación.

El encargo de representar a la Venezuela de entonces recae en aquel Simón de Bolívar. La que pudiéramos llamar la primera figuración de la idea de la nacionalidad queda unida así a aquel nombre. El nombre de Bolívar, Procurador de Venezuela.

PONTE, EL DE LAS FRUTAS

El 30 de julio de 1603 Juan de Ponte (o Aponte) compareció ante el Cabildo de Santiago de León de Caracas para presentar una petición. Pedía que se le concedieran tierras para levantar casa y sembrar una huerta. Eran comunes estas peticiones de gentes que llegaban y querían hacerse vecinos.

La de Juan de Ponte merece recordarse por muy especiales motivos. Con licencia del rey había venido, con mujer e hijos, desde la "isla de Tenerife" a acercarse en la reciente ciudad indiana, que para entonces no contaba más de cuatrocientos vecinos.

Era hermano de otro vecino, Tomás de Aponte, (o Ponte) quien años antes había llegado con su familia y había establecido un molino en la orilla del Guayre.

Juan de Ponte le pide al Cabildo "un pedazuelo de tierra junto a esta ciudad" donde plantar unos arbolitos que ha traído en macetas desde las Canarias. Son "árboles frutales de todos jéneros y los más regalados de España los cuales he traído con mucha costa y trabajo por noticia que tube que en estas provincias no los había".

Son éstos los primeros árboles frutales de España que se plantaron en Caracas. Antes venían higos y dátiles secos en barriles o se comían las frutas frescas indígenas.

No dice la petición del nuevo vecino de qué clase eran sus tiernos árboles. Tan sólo indica que eran frutales de todo género y de los más regalados de España.

Podemos suponer cuáles serían algunos de ellos. Entre aquellas macetas debían venir algunos tallos de viña. Y, por de contado, no debían faltar las higueras. Los conquistadores eran muy aficionados a esa planta y su fruta. Pizarro plantó una higuera en el patio de su casa nueva en la recién fundada Lima. Todavía tiene algunas hojas vivas sobre el inmenso y nudoso tronco. Acaso también traería melocotoneros. El durazno era un fruta del sur, muy mediterránea y muy apreciada de los árabes. En algunos lugares de América se llama significativamente: damasco.

Viniendo de Canarias no hubiera sido raro que entre sus plantas trajera también algún bananero y muchos naranjos de azahar y oro.

Ponte levantó su casa, sembró su huerta y le puso una cerca de tapias. A los pocos años por sobre la barda debieron asomar las ramas cargadas de frutas. Los primeros higos, los primeros duraznos, las primeras naranjas, las primeras uvas que maduraron al sol del valle de Caracas.

Grande debió ser el contento que en la pequeña villa produjo este extraordinario suceso. A la mesa del Gobernador iría uno de los primeros racimos entre las golosas miradas de curiosos, criados y servidores. Y las semillas debieron ser recogidas con codicia para ser

sembradas en viejas macetas con la esperanza de ver fruta propia.

Después de la fundación de la ciudad, treinta y seis años antes, aquel debió ser uno de los más felices y auspiciosos acontecimientos en aquella capital de provincia en la que no abundaron por entonces los motivos de contentamiento.

Juan de Ponte logró prosperar en el aprecio de los demás vecinos. Para 1606 el Cabildo le nombró Procurador General. Para 1608, siendo Gobernador Sancho de Alquiza, le dieron uno de los cargos de Alcalde de la Hermandad.

Sin embargo, el 13 de abril de ese último año, cuando ya tenía cinco años de fundada la huerta, el Cabildo ordenó quitársela y ocuparla por estar fundada sobre ejidos de la ciudad.

No sabemos qué pasó después. Si la huerta le fué devuelta. Si logró trasplantar sus árboles a algún nuevo terreno. Si ya para entonces se habían extendido y multiplicado en otras huertas aquellos frutales que vinieron de Tenerife.

No hubo gente para recordarlo y recogerlo. Los historiadores de la provincia que relatan las más insignificantes escaramuzas con los indios no mencionan la gran empresa de Ponte. Oviedo y Baños ni siquiera lo recuerda. Pinta con muchos colores la incursión del pirata Préstón que vino a saquear y destruir. Eso nadie lo había olvidado. Pero la pacífica hazaña generosa de Ponte no fué recordada.

Se podía recordar a Lope de Aguirre. Aguado le dedica media historia. Fray Pedro Simón y Oviedo relatan todos los pormenores de aquella inútil y sangrienta aventura de los Marañones. Pero para el que

trajo las uvas, los duraznos y las naranjas no hay la menor curiosidad. Para el hombre que enriqueció la vida de todos y la hizo más regalada.

Juan de Ponte, el hombre que llegó cargado de macetas de plantas frutales, no debe seguir en el olvido. El realiza una empresa que no le cede en importancia a ninguna otra de nuestro siglo XVII. De aquel siglo de nuestra historia tan largo, tan silencioso, tan yacente. El es el primero que trae el frutal español a nutrirse y vivir en la tierra del caimito y el maíz que hasta entonces era el valle de Caracas. El es uno de los mayores autores del proceso de hibridación y mestizaje que va a formar a Venezuela.

No está en batallas celebradas, ni en edificios de piedra, ni en gruesos libros la gloria de su nombre. La gloria silenciosa y discreta del verdadero benefactor, está en árboles, en hojas y en frutas. En carne de uva y miel de higo.

Pero él no parecía ignorar la importancia de su empresa y la gloria que merecía. En la misma petición que presenta al Cabildo lo dice en palabras exactas y mesuradas. Que es cuanto habla del "pro común y utilidad que esta ciudad recibe de que en ella haya las dichas frutas, y ser las primeras que a esta ciudad han venido".

El nombre de Juan de Ponte y el año de 1603 deben estar entre los nombres y las fechas memorables de la historia de Caracas. Entre nombres y fechas de combates, de santidad y de erudición este nombre que pertenece a la gloria de las frutas y que para siempre ha de quedar entre nosotros generoso de uva, dulcificado de higos, dorado de naranjas. Fundador de linajes de árboles y de bienaventuranzas del gusto.

EL ALFARERO DE REPUBLICAS

La figura de Bolívar es tan grande que corre el riesgo de desvanecerse en grandeza. De convertirse en puro y gratuito espectáculo de pasmo, lo que haría de él un prodigio ajeno al hombre, desconectado de toda significación directa para la tierra en que vivió y para los hombres que le sucedieron. Algo tan grandioso, gratuito y exterior a la criatura humana como una tempestad.

No ha hecho poco para relegarlo a ese falso Olimpo de cartón pintado el culto externo y de palabras retóricas que le hemos prodigado con tanta abundancia. Todo eso ha contribuido a crear el complejo del semi-dios. Ese vago concepto de excelsitud que se expresa en la ingenua imaginería de los cromos dorados, o en la no menos ingenua fraseología de algunos elogios retóricos, como el tan popular de Potentini: "Dicen que tuvo en la faz lo que asombra y lo que aterra..."; o en la también popular, pero hermosa y florida, oración de Carlos Borges en la Casa Natal. Sin olvidarnos del estruendoso símil de Rodó, "con la nevada cumbre del Sorata".

Todo esto ha hecho mal a Bolívar y a los venezolanos. A Bolívar lo ha deshumanizado y a los venezolanos ha estado a punto de libralos de toda obligación activa para con él. Se podía decir "yo soy compatriota de Bolívar" con la misma clase de orgullo vacío y sin contenido ético con que se dice: "yo soy de la tierra del Orinoco o de la Sierra Nevada". Dos notables accidentes de grandeza geográfica que podemos invocar sin que surja en nosotros sensación de ejemplo vivo, ni concepto de obligación moral pendiente.

— Las almas perezosas, que Dios sabe que son las más, se han quedado adormiladas en esa fácil contemplación pasiva. Al rescoldo de una gloria para la que nada han hecho, y que les parece que nada exige de ellos. Ponen a su Bolívar de colores alegres sobre el diván donde alimentan su pereza, o sobre el mostrador donde trafican con lo que él quería que se respetara. Y sienten que están excusados de hacer nada por lo colectivo, porque él lo hizo todo. En él se escudan de su no hacer, y sienten como si el capital de gloria que les dejó fuera tan grande que pudieran vivir en la ociosa indiferencia, por generaciones, sin agotarlo.

No pocos han sentido que ese culto bolivariano pasivo es como un opio de Venezuela. Han experimentado el impulso que llevó a Joaquín Costa a gritarle a la España ausente de su tiempo y de sus requerimientos vitales y vuelta en embeleso inmóvil hacia su gloria antigua: "Cerremos con siete llaves el sepulcro del Cid".

No es ese el remedio para el mal que amenaza. Cerrar con una o siete llaves el sepulcro de Bolívar, sería una amputación mortal para el espíritu venezo-

lano. Sería arrebatarle la más grande reserva de energía moral con que cuenta para enfrentarse a la historia.

Esa fuerza es la que representa el otro Bolívar que no está relegado a ningún Olimpo y que es el que quieren y buscan las voluntades agujoneadas por el ansia de hacer. .

Ese es el Bolívar que era fundamentalmente un venezolano. Un venezolano que además de serlo tenía genio. Un genio profundamente arraigado en la circunstancia criolla. Fué un hombre que se formó en nuestro medio, que se nutrió de lo que todavía es la tradición viva de nuestro pueblo, que anduvo entre gentes similares a las que pueblan hoy nuestro país, que tuvo por campo de su acción esta misma geografía de montaña áspera, llanura cálida y río anegadizo y cuya acción fundamental consistió en enfrentarse, en busca de solución, a las más de las condiciones a las cuales tenemos que enfrentarnos hoy.

Ese Bolívar está vivo y lleno de humanidad. Suda por todos los poros el sudor que hoy sudamos, y ni espera ni recibe culto pasivo, sino que reclama con agria voz la continuidad de la tarea en que se puso.

La tarea en que se puso fué sustancialmente la de organizar un país. No la de ganar victorias fulgurantes en campos de batalla. No la de pronunciar bellas arengas a las muchedumbres delirantes de las plazas públicas. No la de poseer la responsabilidad y el halago del poder. Todo eso lo hizo, ciertamente, y en forma plena y deslumbradora. Pero su tarea verdadera fué la de llegar a organizar su país, la de llegar a establecer en su América un orden estable concebido para la libertad, la paz y la justicia.

El tema al que su genio se aplicó dramáticamente fué el de la organización de los nuevos Estados. A ratos llegó a desesperar de la posibilidad de lograrlo. Llegó a sentir que todo su esfuerzo sería inútil. Pero no llegó a renunciar nunca a su propósito de lograr establecer en su tierra de un modo permanente instituciones liberales y republicanas.

Algunos, recogiendo fragmentos de sus palabras en esas horas de desesperanza, han querido integrar la imagen de un Bolívar dictatorial. La dictadura nunca fué para Bolívar sino un remedio heroico y transitorio. Llegó a concebir su necesidad con repugnancia. La mejor prueba de este firme estado de ánimo es que murió con una amarga sensación de fracaso. Y lo que estaba en fracaso cuando murió no era la dictadura. En todos los nuevos Estados se iban imponiendo los caudillos. Lo que él podía ver en fracaso era el ensayo de instituciones liberales, y por eso moría con desesperación y angustia.

Ese Bolívar verdadero que se dió a luchar para crear un orden estable y republicano en su tierra, es el que está vivo y exige continuidad. Ya su lucha contra el Imperio español es histórica y podemos ponerla en la panoplia de las glorias. Pero su empeño de hallar el equilibrio político para los pueblos que habían obtenido la independencia ha seguido vigente todo el tiempo.

A la solución de ese problema dirigió él su poderosa voluntad y su penetrante inteligencia. De allí nació su iluminada angustia por comprender la realidad criolla. Y de allí también nació el que dijera un día, pintándose a sí mismo, que él no era sino un "alfarero de repúblicas". El hombre que amasa la

tierra, la tierra que los demás pisan y cultivan, para sacar la forma armoniosa del vaso.

Ese amasar la tierra para sacar la forma de nuestra República es la faena que nos dejó encomendada. La dejó encomendada no a los que puedan sentirse contentos herederos de su gloria, a los del complejo del semidiós, sino a aquellos que se sientan los ejecutores de su voluntad. No sus herederos, sino sus albaceas. La tarea para venezolanos que dejó abierta el gran venezolano, no pide culto, ni es compatible con el disfrute y el orgullo de los ricos herederos, lo que pide es continuidad. Lo que pide es la obligación viva de la continuidad.

La continuidad alfarera, no de la empresa del semidiós, sino de la tarea del venezolano.

LA HAMACA DE BOLIVAR

En una de las vitrinas del Museo Bolivariano de Caracas hay una vieja hamaca desflecada, con los colores, que fueron vivos, amortecidos por el tiempo. Es una hamaca de Bolívar. Fué una de las que él usó durante los largos años de aquellas campañas inagotables, de aquella andanza sin tregua que se tejió y retejió, como el hilo del destino, por entre selvas, cumbres, ciénagas y llanuras, desde las bocas del Orinoco hasta las riberas del Titicaca.

Esa hamaca colgó en la sala rústica de la casa del pueblo. Entre dos árboles a la intemperie para acampar por la noche. Durante los tiempos más difíciles y agitados de su lucha Bolívar no tuvo otro lecho. Era su cama y era su silla de trabajo. Por la noche, en la tierra caliente, se tendía en ella a dormir su breve sueño nervioso. Al llegar, lo primero que hacía el asistente era tenderla. Venían los secretarios y los ayudantes y se ponían alrededor. Mientras él se mecía y se levantaba sin cesar, dictaba cartas y disponía operaciones.

Algunos de los europeos que menos lo entendieron no dejaron de describir profusamente aquel uso de la

hamaca. Les parecía que era la señal de su inferioridad y de su barbarie.

Hippisley y Ducoudray Holstein, por ejemplo, que escribieron amargos libelos contra él, hablaban con insistencia de la hamaca. Les parecía degradante.

La hamaca era el lecho del indio. Del indio pasó al mestizo criollo. Es la cama y el sillón del hombre del pueblo. Viene de la más remota y profunda América. Forma parte esencial de una manera de vivir y por ello mismo también de una filosofía de la vida. Para quienes no entienden esa hamaca de Bolívar les ha de resultar difícil o imposible entender a aquel hombre extraordinario y tan complejo. Que es precisamente lo que le pasó a Hippisley y a Ducoudray Holstein. Y a tantos de ayer y de hoy.

Esa hamaca es manifestación de la americanidad fundamental de Bolívar. Había aprendido, probablemente, a usarla y a amarla, en la casa paterna. Los esclavos que le enseñaron su uso debieron transmitirle también los más vivos valores tradicionales de la cultura popular de su país. Cantares, leyendas, música, consejos, proverbios, de indios, de negros, de mestizos. Que en su alma se mezclaban a la otra tradición, igualmente viva y vieja, que recibía de padres, maestros y mayores.

Sobre ese espíritu nutrido así de vivas raíces criollas y españolas vino a depositarse la cultura europea. Los libros de los enciclopedistas franceses y los racionalistas ingleses, el arte poético de Boileau, el "Emilio" del ginebrino, el lujo y el refinamiento del Madrid de Godoy, del París del Consulado y del Imperio, y del Londres del final de Jorge III.

De esa época son sus dispendiosas aventuras del

Palais Royal y aquel retrato de joven dandy que le pintó Gill en un taller londinense en 1810. Exterior y superficialmente debía parecer un joven rico de la aristocracia europea. Pero en lo profundo seguía vivo lo otro. A ratos afloraba con poderoso impulso. Con vehemente pasión que lo llevaba a renegar de aquella vida fácil y grata en que parecía complacerse. Así debió ocurrir en sus conversaciones de París con el Barón de Humboldt. Humboldt hablaba con pasión de aquella América de grandes ríos y selvas tropicales y de helados páramos y de sus pobladores. De una naturaleza llena de misterios y poderosa en creación y destrucción de la que Europa hasta entonces sabía poco, y de unas gentes no menos desconocidas, pero llenas de destino y deseosas de encontrar su camino en la historia.

Con Simón Rodríguez también hubo de volver muchas veces al tema americano. Su antiguo maestro de primeras letras en Caracas le sirvió de guía por el mundo del racionalismo en sus dos visitas a Francia. Juntos hicieron a pie el viaje de París a Italia divagando libremente por todos los reinos de la cultura y de la curiosidad. Rodríguez había partido de Rousseau en busca de una pedagogía que pudiera realizar el destino americano. Tanto debieron hablar de su América criolla en acuerdo y en contradicción con las ideas europeas que al término de la andanza, entre los ruinosos mármoles de una colina romana, el joven hizo el exaltado juramento, digno de un héroe de Byron, de consagrar su vida a alcanzar la independencia para la América española.

Su vuelta a América en 1805 es vuelta y regreso en más de un sentido. Regresa no sólo a dedicarse a

la causa exterior de lograr la independencia de su América, sino a la causa profunda de entender y realizar aquel mundo tan lleno de oscuras posibilidades.

Para muchos de los hombres de aquel tiempo el proceso de la independencia parecía poder reducirse a una simple amputación. Cortar la dependencia que los ataba a la corona de España, sin que ocurrieran conmociones o "peligrosas novedades", sin contaminación de afrancesamiento subversivo. Para éstos, la ruptura de la dinastía española con la invasión napoleónica pareció ofrecer la oportunidad ideal.

Otros, gente más cosmopolita y enamorada del progreso, concebían la independencia como la oportunidad de poner en práctica las instituciones y los ideales de la república democrática tal como se había visto en los Estados Unidos y en Francia.

Bolívar advierte desde el primer momento que el problema es otro, mucho más complejo y arduo. No es el de satisfacer los intereses materiales de quienes no tienen sino intereses, ni el de realizar los delirios ideológicos de quienes no tienen sino teorías. Habrá primero que ganar la independencia en los campos de batalla y no en meras actas de asambleas, y habrá luego que buscar las instituciones estables que correspondan a la realidad económica y social de la América hispana.

Bolívar ve fracasar la primera república de Venezuela en 1812. Había sido proclamada y creada sin sangre y sin tropiezos. La habían dotado de una constitución donde se habían acumulado todas las perfecciones teóricas de una república ideal. Y sin embargo se derrumbó rápida y dolorosamente ante la marcha de un soldado afortunado.

En medio de aquella primera catástrofe Bolívar revela algunos de los rasgos esenciales de su extraordinario carácter. Su capacidad de comprender la realidad y su fe indomable. Desde el primer momento manifiesta la convicción de que nada está perdido y que el triunfo final habrá de pertenecer a los patriotas. En su Manifiesto de Cartagena de 1812 y en su Carta de Jamaica de 1815 no sólo aparece esa convicción en el tono más enérgico y persuasivo, sino que también plantea el problema de la organización de los nuevos Estados americanos en los términos más penetrantes y exactos en que nadie lo había hecho hasta entonces.

Lo que Bolívar concibe claramente desde el comienzo, y que se convierte en la norma directriz y fundamental de su pensamiento y de su acción, es la idea de la peculiaridad de su mundo americano. Las concepciones y las teorías aprendidas de Europa o de los Estados Unidos deben adaptarse a las características de los nuevos países. La geografía, la historia, las antiguas leyes, los usos tradicionales de esos pueblos deben ser tenidos en cuenta de manera primordial. Sobre esos hechos deben meditar los legisladores para concebir las instituciones adecuadas.

En 1819, en su discurso al Congreso de Angostura, que es acaso la más luminosa de sus piezas escritas, plantea claramente el problema de que las nuevas naciones necesitan hallar instituciones propias. Sus ideas de entonces vienen a ser como la consecuencia y el desarrollo de las que había expresado con tanta clarividencia en 1815, desde el destierro de Jamaica, en su famosa carta dirigida a un caballero inglés: "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos

en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil".

La intuición genial de esa realidad es la que dicta su acción de guerrero y su obra de político. La creación de un ejército capaz de ganar y asegurar la independencia de la América española durante quince años de guerra hubiera sido empresa suficientemente colosal para asegurar su gloria. Bolívar sabe hallar el ejército espontáneo que estaba en el espíritu de su pueblo. Su táctica es la que la geografía y la psicología popular le dictan. El sabe hallar el profundo minero de energía que estaba como dormido debajo de aquellas pieles morenas y de aquellos ojos que habían parecido sumisos durante tres siglos. El va a hacer del ejército "el pueblo activo". Con ese ejército de campesinos que toma las armas sin abandonar sus ropas de labranza, los más descalzos, los más durante los primeros tiempos con sólo armas blancas, sin intendencia, sin soldada, casi sin medicinas. Con ese ejército, en más de cuatrocientas acciones de armas y en un teatro de operaciones de más de cinco millones de kilómetros cuadrados, Bolívar gana la independencia para los países que hoy son Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá, y pone fin al dominio español en la América del Sur.

Esta es la obra de su tenacidad, de su voluntad heroica pero también de la comprensión de su medio, de su hora y del genio de su pueblo. Uno de sus más notables contrincantes, el General español Pablo Morillo, quien vino a combatirlo a Venezuela al frente de la mejor y más numerosa expedición de tropas peninsulares que nunca vino a América, dijo de él: "Alma indomable, a la que basta un triunfo, el más

pequeño, para adueñarse de quinientas leguas de territorio... Bolívar es el jefe de más recursos y no hallo cómo ponderar su actividad. Mucha fuerza se necesita para vencer a estos rebeldes que no desmayan con ninguna derrota y que están resueltos a morir antes que a someterse... Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo... Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra”.

Simultáneamente con la guerra se le va planteando el problema de la organización de los nuevos estados. Su ideal político interno es el de la libertad sin anarquía, el del orden sin injusticia, el de la “mayor suma de felicidad posible” para todos. En Angostura lo expresó con toda claridad: “Un Gobierno Republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios”. A ese objeto han de ir encaminados sus pasos durante toda la larga pugna por establecer un orden político estable en las nuevas naciones. Las circunstancias y los medios varían en ocasiones. Pero el fin se mantiene el mismo hasta su última hora.

Para la política exterior concibe desde los comienzos de la revolución la necesidad de que la América hispana se organice como un todo o por lo menos en un conjunto de grandes estados y confederaciones. Ya desde 1813 habla de la necesidad de unir a la Nueva Granada y Venezuela. Más tarde se lanza a la empresa de convocar el Congreso de Panamá de 1826, para establecer una organización americana que pudiera ser el punto de partida de una organización internacional

ecuménica. Su América debe organizarse para convertirse en uno de los polos del equilibrio universal. En 1813 había hecho publicar lo siguiente en Caracas: "La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a esto el equilibrio del Universo y debe entrar en los cálculos de la política".

El se hace el supremo intérprete del alma criolla en trance de creación. Nadie caló más hondo en la naturaleza de su pueblo y miró con más anticipación los peligros del porvenir.

Tenía en la cabeza todo lo que podían tener las gentes más cultas de su tiempo. Pero sólo como antecedente, como complemento o como punto de partida. Para la interpretación del destino de aquel "pequeño género humano" era poco lo que podían servirle las concepciones europeas. América era cosa distinta y debía dar sus propias soluciones. Su Rousseau, su Montesquieu, su Bentham estaban en él balanceados por su poderosa comprensión del instinto del llanero a caballo, del andino de ruana, del boga de los grandes ríos. Había sabido macerar lo europeo en la vigilia de la hamaca criolla. Lo que iba a surgir en acción y en pensamiento era cosa distinta: la concepción americana de Bolívar.

Aquella hamaca resulta así de un gran valor simbólico. Es el legado visible y pintoresco del mundo criollo donde están clavadas sus más hondas raíces.

Menudo, nervioso, iluminado, impulsivo, resonante, la vida de Bolívar parece consumirse en una angustiada

fiebre de creación. Sus problemas no fueron nunca solamente los del general de un ejército, ni los del gobernante de un país. El se sentía cargado con la responsabilidad del destino americano. De realizarlo él, o de que quedara irrealizable durante generaciones. Las batallas, las marchas, los problemas administrativos, las combinaciones políticas venían a reducirse a fragmentos o etapas de aquella inagotable empresa sobrehumana a la que se había sentido consagrado. "Yo soy el hombre de las dificultades" dijo en alguna ocasión, y en otra dijo también que era uno de los mayores majaderos de la humanidad. Con lo que declaraba el carácter desesperado y extraordinario de su vocación.

Su grandeza y su tragedia arrancan de esa compleja comprensión de su misión. Si hubiera sido un mero ideólogo imbuido de ideas aprendidas de Europa, republicanas o monárquicas, como abundaron tantos en su tiempo, habría encontrado satisfacción y derivativo en la proclamación de principios teóricos.

Si hubiera sido tan sólo un oportunista apegado a las circunstancias se habría dedicado a disfrutar de su botín de autoridad sobre el inmenso territorio conquistado. A hacer en grande lo que después de él hicieron todos los caudillos locales.

Pero él no quiere ni lo uno ni lo otro y ambas formas le parecen males abominables. Detesta a los ideólogos tanto como a los hombres de presa. La Independencia no le parece un fin sino un paso previo. Lo más importante es lo que ha de venir después: la organización del mundo de Colón en poderosa estructura política, donde quepan las realidades y las esperanzas sin daño y sin engaño.

Por eso mismo, al final de su vida se siente agobiado de desengaño. "La Independencia es el único bien que hemos alcanzado, a costa de todos los demás", dirá con desolación. Porque para él es dolor y desengaño ver caer aquellos países recién libertados al precio de tantos sacrificios en las variadas formas del caudillismo dictatorial.

Ese buscar sin tregua, que es también constante revelación, es lo que lo mantiene vivo y válido para la empresa todavía abierta de realizar la América en que él estaba empeñado. Bolívar no encarna tan sólo un gran acontecimiento histórico. Es también una causa y un camino. Tanto como en el glorioso pasado, está en el porvenir de los pueblos a los que se dió.

Es difícil de entender porque su mundo es difícil de entender. En él toma conciencia y forma inmarcitable el gran proceso de mestización cultural de la vida criolla. Es voz y brazo no sólo de aquellos hombres que se lanzaron a hacer milagros a su llamada, sino de todas las vastas muchedumbres que lo siguen nombrando y buscando. No está ni dormido, ni muerto, ni de calidad de recuerdo, ni de substancia de archivo. "Yo los he representado en presencia de los hombres, yo los representaré en presencia de la posteridad" es lo que sigue respondiendo a toda hora a su gente inquieta y buscadora.

Los que sólo miran sus libros europeos, su trato mundano, sus uniformes de parada, sus maestros, sus viajes, su cultura, no podrán nunca entenderlo cabalmente. Hay que mirar también aquella hamaca que lo acompañó hasta la hora de morir. Tejida por manos mestizas, legado de lo más viejo y lo más hondo de la tierra y de las gentes que él nació para encarnar.

SIMON RODRIGUEZ, EL DESCONOCIDO

Don Simón Rodríguez es una de las más interesantes figuras de la historia de la cultura en Venezuela. Tan interesante como desconocido. La desventura lo ha perseguido en vida y en posteridad. Poco se sabe y poco queda de su obra y de su pensamiento. Aun cuando ese poco es suficiente para colocarlo entre los más grandes americanos de su tiempo, tan rico en hombres.

El incendio de Guayaquil en 1896 destruyó sus manuscritos inéditos, que eran la más considerable parte de lo que había escrito. Aquel "baúl de ideas" que devoró el fuego no pudo llegar a su destino. Estaba dirigido a crear un pueblo para América. La escasa parte que logró publicar en vida, peleando contra la falta de dinero y la hostilidad de la opinión, no tuvo la acogida que merecía. Las cautas gentes que conocían su fama de extravagante y hasta de loco no le ponían asunto a aquellas originales ideas que más les parecían disparates indignos de ninguna detenida atención. Aquella misma tipografía arbitraria y expresiva

que había adoptado, y que es la misma que Mallarmé adoptó medio siglo más tarde para tratar de transmitir los matices sinfónicos de la expresión en su poema capital "Un coup de dés", hacía que se mirara con sarcástica desconfianza lo poco que logró editar. Un día en Arequipa, otro en Concepción, otro en Valparaíso, otro en Lima.

Lo que para las más de las gentes ha venido a quedar de él, en realidad, es la mala fama de su vida y la leyenda de la educación de Bolívar. De su vida se saben o se cuentan muchos pintorescos y hasta cínicos detalles. Que les puso nombres de legumbres a algunos hijos. Que se peleó a muerte con sus hermanos y con su primera esposa. Que cambiaba de nombres como de camisa. Que era más que deslenguado al hablar y al narrar cosas de su vida familiar. Que vivió frecuentemente amancebado y no pocas veces con modestas indias. Que era feo y basto. Que todo lo embrollaba y se peleaba con todo el mundo. Y que tenía una harto notable inclinación por las gentes que él mismo llamaba de "ruana y mostrador".

La leyenda de la educación de Bolívar no es menos pintoresca y adulterada. Se dice que fué tutor de Bolívar o administrador de sus bienes. Que la familia materna le hizo casi total entrega del niño para que este personaje extravagante, en la soledad del campo, tuviera oportunidad de educarlo en la estricta observancia de las teorías pedagógicas del "Emilio" de Rousseau.

Esta leyenda se completa con dos románticas escenas que forman parte de la imaginería popular venezolana. Una es la que se narra en la famosa carta de Bolívar a Fanny de Villars. En ella aparece un Bo-

lívar delirante en Viena, con deseos de suicidio, y un Rodríguez providencial que le revela que es rico y que le queda abierto el camino de la gloria. La escena es seguramente apócrifa y la carta debe serlo, por lo menos en su mayor parte. Ni el Libertador parece haber estado nunca en Viena, ni para aquella época podía ignorar el monto de su patrimonio, pues hay pruebas documentales de que lo conocía y manejaba desde años antes, ni Rodríguez tuvo jamás nada que ver con la administración de sus bienes.

La otra escena también romántica, pero verdadera es la del juramento de la libertad de su América hecha por Bolívar en Roma.

A esa mala fama y a esas dos estampas ha venido a reducirse lo que el nombre de Rodríguez representa para la mayoría de sus compatriotas. Y es una lástima. Lo que se ignora del hombre es mucho más verdadero y significa más.

La verdad es que su contacto con Venezuela fué escaso. Inició en Caracas sus vastos proyectos de reforma educacional y a raíz de la conspiración de Gual y España se marchó. Tenía entonces veintiséis años cuando abandonó su tierra natal, incomprendido y perseguido, y murió de ochenta y tres, en una aldea del Perú, sin haber regresado nunca. Es otro de los grandes desterrados venezolanos. De los más grandes, con Miranda, con Bello, con Baralt, con Pérez Bonalde.

Lo fundamental de su obra intentó realizarlo y publicarlo en América a su regreso de un cuarto de siglo de andanzas por Europa. Seguía teniendo como tema central la escuela, pero no para confinarse en ella y embriagarse de teoría pedagógica europea. Para hacer una pedagogía americana y convertir la escuela

en el instrumento clave de la transformación intelectual, económica y social de América. Tres eran las formas fundamentales de esa transformación salvadora: educación popular, dedicación a oficios útiles, y aspiración fundada a la propiedad. Es decir que el Estado, el que él llamaba el "Padre Común", eduque en las escuelas para la vida y para el trabajo, y facilite luego al trabajador su establecimiento y la manera de transformarse en un colonizador de su propia tierra. No sólo enseñanza, sino pan, y no sólo enseñanza y pan, sino también tierra. "Una revolución política pide una revolución económica" decía. Y agregaba en su tono sentencioso y cortante: "Al que no sabe cualquiera lo engaña; al que no tiene cualquiera lo compra."

Lo intentó primero en Bogotá, sin resultados, y luego en Arequipa, con el entusiasta patrocinio de Bolívar que lo acogió a su regreso con infinito afecto. Pero allí también hubo de fracasar y en forma aun más ruidosa y definitiva. Bolívar se había marchado al norte para no volver. Sucre con su espíritu metódico y disciplinado no pudo soportar las extravagancias, las improvisaciones y los osados experimentos de aquel que no quería someterse a las atribuciones de un funcionario ordinario. Terminó por echarlo y llamar a alguien que hubo de parecerle más serio y apropiado para regentar las escuelas y los hospicios según las sanas reglas tradicionales. En la carta que el Mariscal le escribió a Bolívar explicándole lo sucedido, dice en frase reveladora que Rodríguez "tiene la cabeza de un francés aturdido". Fué el epitafio que le escribieron, casi treinta años antes de morir físicamente. El epitafio para una larga y trashumante agonía.

Sus ideas son de las más originales y penetrantes

que se hayan concebido sobre esa oscura cosa que se llama la realidad criolla. Cuando los más estaban engolosinados con las ideas europeas, él comenzó a desechárlas y a desconfiar de su eficacia para América. "América debe ser original", predicaba. Cuando con Sarmiento y Alberdi todo el siglo XIX va a pensar que la solución de los problemas hispanoamericanos está en la inmigración y en la consiguiente europeización, él ha anticipado veinte años antes la falacia que está en esos conceptos, y propone que América debe ser colonizada por sus propios habitantes.

Por esas ideas es que hay que recordarlo. Por lo que concibió, por lo que quiso hacer, por lo que no le dejaron realizar, ni le quisieron oír.

La oportunidad de esa reparación se acerca. Ha de ser la del centenario de su muerte que se cumple en 1954. La oportunidad de que Venezuela recoja la lección y presente a América la verdadera faz de aquel hijo genial y desventurado.

1.ª REUNION EN GRAFTON STREET

Grafton Street es una calle ciega. En la esquina está una taberna. A las ventanas de las casas se asoman cabezas de mujeres y de criados cuando suena en la calle el rodar de un coche. En 1810 Londres es la ciudad más culta, más poblada y más política de toda Europa. Hay riqueza, hay poderío, hay libertad, y se cultiva el gusto por el arte, por los juegos de la inteligencia y por los mejores ejemplares del animal humano.

En un día de julio de 1810, uno de los azules, verdes y dorados días del verano londinense, se reúnen tres personas en la casa número 27 de Grafton Street.

Una de ellas es el dueño de la casa: Francisco de Miranda. Tiene sesenta años y la más larga y variada experiencia en la lucha por la independencia de la América española.

Los otros dos contertulios que acaban de llegar de su tierra, son mucho más jóvenes y lo oyen con respeto y admiración. Uno es Andrés Bello, de 29 años, y el otro, Simón Bolívar, de 27.

La casa en que se reúnen los tres caraqueños es un fiel reflejo de los gustos y de la vida del dueño. En el salón hay tapices, alfombras, cortinajes, cuadros. Un busto de Homero. Finas porcelanas de Dinamarca y de Holanda. Y libros en profusión por todas partes.

El tema de aquella conversación, seguramente desordenada y ansiosa, cortada por preguntas y por exclamaciones, es naturalmente el movimiento que acaba de ocurrir en Caracas el 19 de abril y la manera de interpretarlo y canalizarlo hacia la independencia efectiva.

Es decir, el tema de aquella conversación es el destino de Venezuela. Los que lo tratan son precisamente los que en aquella hora más profundamente podían sentirlo y comprenderlo. Los que, en realidad en una u otra forma, iban a contribuir de modo decisivo a plantearlo y realizarlo.

Ni por la edad, ni por el temperamento, ni por la manera de pensar se parecían aquellos tres hombres. Lo más que tenían en común era la grandeza de alma y la vocación de servir. Pero los separaban y distinguían muchas cosas.

Nunca antes, ni nunca después, como en aquellos días de julio en la casa de Londres, se reunió un grupo de venezolanos más grandes y cargados de destino a considerar el caso venezolano.

Junto a tanta minuta de tanto congreso tumultuoso e hinchado de palabras huecas, no tenemos nada de lo que se dijo en aquellas extraordinarias reuniones. Pero, siquiera, no es difícil imaginar el tono y el carácter general de los puntos de vista.

Además, no sería imposible, que en lugar de tres hubieran sido cuatro los del coloquio. Andaba entonces por Europa, y había visitado a Londres con alguna

frecuencia, don Simón Rodríguez. Bolívar lo conocía íntimamente, lo amaba y tenía la más alta idea de su inteligencia y de sus luces. No tendría nada de improbable que a la noticia de los sucesos de Caracas y de la llegada de la misión venezolana a Londres, el andariego iluminado que se ocultaba bajo el nombre de Samuel Róbinson, hubiera llegado al salón de Grafton Street, con su burlona voz y su inarmónico corpa-chón, a meter baza en la conversación y a saborear el té y el oporto de Sarah Andrews.

Rodríguez, que andaba entonces por los 39 años, tenía ya trece de vida, aprendizaje y desengaños europeos. Ya debía tener formada en buena parte su original concepción del problema americano. Si estuvo allí presente debió decir algunas de las más extraordinarias y agudas observaciones que se oyeron en aquel maravilloso encuentro.

La manera de plantear los problemas de la independencia y de la organización del país no pudo ser igual.

Miranda veía con temor la amenaza de la guerra social y del caos. Pensaba en la posibilidad de adaptar las instituciones inglesas, y en aprovechar la situación internacional para alcanzar la independencia incruentamente, sin guerra, y sin peligrosas sacudidas. Para él la independencia no podía ser sino el fruto de una hábil evolución política y diplomática dentro del marco de la situación europea y de las circunstancias nacionales.

No debía ser fácil discutirle. Era mucha su autoridad, su prestigio y el respeto que inspiraba a sus jóvenes interlocutores.

El Bolívar que estaba allí presente era el fogoso y violento que pafaba como un potro ansioso de acción. Sus ideas para entonces debían ser las mismas que muy poco después expresó en el encendido discurso de la Sociedad Patriótica. No había que aguardar más. Había que proceder a declarar la independendia sin más retardo, con la ayuda o sin la ayuda de Inglaterra. Proclamar las instituciones más liberales y avanzadas y estar listos a ir a la guerra si era necesario.

Bello, tan reflexivo y tan sereno, debía oírlo con desasosiego y no sin cierta tímida reprobación. El creía que Venezuela "había pasado de la infancia" y que podía aspirar razonablemente a la independendia, pero al mismo tiempo consideraba como el mayor bien logrado durante el período colonial "la consistencia durable del sistema político" y temía las consecuencias de una ruptura del proceso histórico. Pero su carácter retraído y su modestia, no debían llevarlo más allá de apoyar a Miranda en aquellos puntos en que discrepaba de Bolívar y estaba de acuerdo con su manera de pensar.

Si para la perfección de aquel cuadro el destino dispuso que Rodríguez estuviera allí, éste debió ser el más agresivo, sarcástico y absoluto de todos. Sus gruesos chistes y sus ocurrencias debieron hacer sacudir de risa a los otros con frecuencia.

Lo que pudo decir es obvio. Era el embrión de las ideas que trece años más tarde iba a empezar a predicar en su América. La idea de que América era original y no debía copiar a Europa. La idea de que el problema fundamental era de educación, y que no podría haber ni independendia, ni organización, ni progreso social sin la escuela que diera a los criollos que

iban a realizar esos fines. Y que junto con la nueva educación había que dar los medios de vivir la nueva vida.

Cuatro puntos de vista de cuatro hombres excepcionalmente dotados para representarlos, que definían de un modo preciso las fases cardinales de lo que desde entonces hemos podido llamar la cuestión veñezolana.

Por eso la reunión de los caraqueños en Grafton Street resulta uno de los momentos más auspiciosos de lo que después ha sido la historia venezolana. Una historia que para tomar su más decisivo rumbo llegó a encarnarse en los hombres reunidos en aquel salón.

MIRANDA EN LA VICTORIA

Estaba el Doctor Pedro Gual en Bogotá en 1843. En una de las largas ausencias de su tierra. Le parecía que empezaba a ser viejo y que empezaba a vivir un poco de recuerdos. La vida en su tierra había sido azarosa y violenta y los hombres se habían agotado y desaparecido como en una rápida fulguración.

Lee un libro de recuerdos casi personales. Es un "Resumen de la Historia de Venezuela" que ha escrito por encargo del Gobierno un joven escritor: Rafael María Baralt. Allí se habla de hombres y de sucesos que él conoció. De sucesos en los que él tomó parte hace ya muchos años. La lectura se le vuelve a ratos apasionada resurrección.

Allí está Bolívar que ya tiene trece años de muerto. Allí figura su tío Manuel Gual el de la conspiración frustrada de 1797. Allí aparece el Doctor Miguel José Sanz, a quien él conoció como maestro y como amigo. Ribas también. Y Monteverde y Morillo.

Y está Miranda. Está el recuerdo de aquella febril y trágica noche de La Guayra, cuando treinta y un años antes lo hicieron preso sus subalternos y lo entregaron a las autoridades españolas. Gual había estado hablando con él por la tarde. Se iba a despedir para embarcarse a cumplir la misión ante el Gobierno de los Estados Unidos que le habían confiado. Había estado discutiendo con Miranda sobre la situación desesperada y sobre sus planes. Miranda le había explicado en

francés lo que pensaba hacer. Pero en el libro de Baralt las cosas aparecían contadas de otro modo.

Entonces, en su retiro bogotano, aquel Don Pedro Gual que tanto había sufrido por servir a su Patria, y a quien tanto le faltaba por sufrir por seguirla sirviendo, se pone a escribir sus recuerdos de aquellos remotos tiempos. Su evocación de esos trágicos días es una de las más serenas, conmovedoras y objetivas que nos quedan.

Está allí Miranda entero en su hora de más trágica soledad. Solitario y cargado de fatalidad trágica como el héroe de un mito griego.

Monteverde había tomado a Valencia y se aproximaba a La Victoria. Era una aventura audaz que Miranda consideraba destinada al fracaso. Bastaría con dejarlo gastarse un poco más para derrotarlo fácilmente.

Pero el panorama del país era malo. Ya una gran parte había sido ocupada por Monteverde y los realistas. El terremoto había arrasado casi todas las principales poblaciones. El Gobierno carecía de recursos. La situación de miseria era general. Los soldados bisoños desertaban continuamente. La improvisada oficialidad no sabía qué hacer con las tropas. El papel moneda había paralizado todas las transacciones comerciales. No había autoridad. La anarquía y la desorganización cundían. Por último, los esclavos de los valles del Tuy se habían alzado en partidas feroces, saqueando e incendiando poblaciones y haciendas.

Todo esto pesaba en el ánimo del anciano Generalísimo. Todos parecían esperar milagros de él y él no veía sino síntomas de caos y de descomposición. Mucho había visto y vivido para llamarse a engaño sobre la verdadera situación de Venezuela.

Había quienes venían a incitarlo a llevar adelante la guerra con violencia y energía, pero él permanecía aferrado a mantener la lenidad que la república había ostentado desde su nacimiento. A los impacientes les decía, con tono de amarga experiencia: "Nuestros paisanos no saben todavía lo que son las guerras civiles".

Gual, que era miembro de la Legislatura Provincial, fué a La Victoria, acompañado del Licenciado Sanz, a tratar de asuntos oficiales. Se quedó largos días en el cuartel general de Miranda.

Tuvieron muchas ocasiones de hablar. De mirar con aprehensión el presente y de recordar aquel largo y pintoresco pasado que el anciano evocaba con tanto gusto y frecuencia.

Hablarían por de contado de política y de la situación mundial. Miranda conocía a fondo la política del Gabinete británico. Conocía también la situación de Europa y la de los Estados Unidos. El gran suceso internacional de esos días había sido la invasión de Rusia por Napoleón.

Pero también hablarían de Venezuela y de su compleja situación. Miranda veía con desconfianza a los jacobinos. Aquella Constitución Federal que habían adoptado le parecía inadecuada y peligrosa. Había mucha gente embriagada de ideas aprendidas superficialmente.

El 5 de julio celebraron el primer aniversario de la Independencia proclamada en Caracas. El Generalísimo ordenó una frugal comida de cien cubiertos. Se sentó a la mesa con casi toda la oficialidad franca y algunos invitados. Estaba Gual, estaba Roscio, estaba el Doctor Espejo. Hubo algunos brindis y alguna pa-

labra de esperanza. Por entre los copudos samanes de La Victoria se filtraba la tibia luz de la tarde de Aragua.

Ya para finalizar la comida Miranda se apartó hacia el testero de la mesa para hablar con Gual. Quería despacharlo pronto para los Estados Unidos a gestionar la ayuda del Gobierno americano. Le daba indicaciones de lo que debía hacer. Cómo debía tratar a Jefferson y cómo debía tratar a Adams.

Vinieron a avisarle que había llegado un posta con noticias urgentes. Se retiró al despacho a recibir las.

Gual se queda con los grupos que se han formado en torno a la mesa. Pero viendo que tarda el General se dirige en su busca al interior de la casa.

Estaba en su despacho paseándose agitadamente. Espejo y Roscio estaban silenciosos e inmóviles. Gual pregunta lo que ocurre y es entonces cuando Miranda le dice en francés, en el francés de las tremendas horas de la Revolución: "Le Venezuela est blessé au coeur". El Coronel Bolívar había perdido la plaza de Puerto Cabello hacía cinco días. Ya era tarde para ir en su socorro. Toda la situación estaba cambiada radicalmente. Monteverde tenía ahora pertrechos y recursos.

Esa noche no hubo allí sino pareceres precipitados y angustiadas reflexiones. Gual se retiró a su posada para no conciliar el sueño en toda la noche. Antes de rayar el alba estaba de regreso a la casa del Generalísimo. "Lo encontré ya paseándose en el corredor, afeitado y vestido, como para ir a hacer visitas, según era su costumbre en campaña."

Así lo recuerda Gual en el oscuro corredor de la madrugada en La Victoria. Afeitado y acicalado como siempre. Para la cita con el destino.

No le dijo nada del angustioso insomnio de esa noche. No se le presentó fatigado, con el traje en desorden. Sino que lo encontró "como para ir a hacer visitas". Y esa impresión de resignada grandeza y de invariable caballerosidad es la que recuerda Gual y la que pone en Bogotá en el papel más de treinta años más tarde.

En medio del desconcierto y la tragedia él tiene la estolca aceptación del destino. Ha salido a aquel corredor en la madrugada como si lo estuviera esperando la historia para retratarlo. Ha salido sereno y sin prisa. Viene de cuarenta años de luchas, de riesgos y de fracasos. Ya no puede tener esperanzas ni en los hombres ni en las circunstancias. Todo le es adverso.

Sólo un milagro podía salvarlo del fracaso definitivo y él no parece esperarlo. Pero está allí, en aquel andén abierto a la noche y a lo desconocido con la misma serena apostura con que pudo estar en el puente de la fragata sueca que cuarenta años antes lo sacó de la tierra nativa para un mundo de aventuras y gloria.

Solo y tranquilo, afeitado y vestido, mientras el campamento va entrando en la actividad del día, mientras la noticia del desastre de Puerto Cabello se propaga sembrando pánico y desconfianza, mientras nuevos grupos de desertores se pasan al enemigo, mientras los ricos entierran su dinero y los pobres esperan el nuevo amo, mientras la agitada Venezuela amanece a un largo día de angustia.

Y esa es la visión que Don Pedro Gual conservará con emoción por largo tiempo, y que querrá dejar por escrito, como la imagen de una verdad conmovedora, para las generaciones venideras.

EL CID Y LOS CAUDILLOS

Hay cosas del "Poema del Cid" que tienen un sonido familiar para el criollo. Aun cuando parezca tan remota la sociedad castellana de hace mil años de la vida criolla de hace cuarenta, ochenta o cien años atrás. Una de las más curiosas es el parecido del Cid del poema con el caudillo criollo. Las cosas de Boves, de Rosas, de Páez, de Don Porfirio, de Ezequiel Zamora que aparecen en el "mío Cid" del juglar, el que en buena hora ciñó la espada.

Hay viejas raíces castellanas en el caudillo americano. Sus normas de conducta, su concepción de la vida, sus virtudes y principios son fundamentalmente similares. La mesnada y la montonera se parecen mucho.

El Páez que hacía la guerra de los Llanos en 1818 y 19 se parecía en espíritu, maneras y tácticas a Rodrigo. Y si Darwin hubiera tenido más cultura literaria, hubiera comprendido, cuando encontró a Rosas en el fondo del desierto, que estaba en presencia de una prodigiosa visión del más remoto pasado.

Los hombres que salen con el Cid creen en él y nó en una causa. Se alzan, en cierta forma, contra el orden establecido. Martín Antolínez, "el burgalés com-

plido", sabe que va a arrostrar la cólera del rey y sus terribles consecuencias. El Cid no tiene nada que ofrecerle por el momento. Pero el burgalés siente la llamada de la devoción personalista. "Si logro escapar con vos, Campeador, sano y vivo, el rey más tarde o temprano me ha de querer por amigo." Se promete al hombre de quien no ha de separarse más. Que es lo mismo que hacen las gentes del "catire Páez" o de Solano López.

El Cid va a la guerra y a la conquista para obtener bienestar y prosperidad para su familia y sus hombres. Piensa que algún día tendrá dinero en abundancia para casar bien a sus hijas y para honrar a su mujer. A Martín Antolínez le ha de doblar la soldada. A los cien castellanos que llegan a Cardena a hacerse sus vasallos, dejando por él casas y heredades, les dice que, antes de morir, espera hacerles el bien de que puedan cobrar doblado lo que dejan. En muchas ocasiones repite que lo que hace es "por ganar el pan".

La guerra del Cid es de astucia, movilidad, engaño y arrojio personal. En Alcocer finge que se retira para volverse repentinamente sobre sus perseguidores y desbaratarlos. De un modo muy semejante al que emplea Páez en las Queseras.

En ocasiones hay que recurrir al engaño. Como en el fraude de los dos arcones de arena que hace a los judíos de Burgos. Hace el fraude pero pide perdón a Dios. Tiene la fe de que Dios le ha de ayudar porque, aunque a veces sus procedimientos se apartan de la justicia, sus fines le parecen honrados. El y los suyos son los buenos. Los otros son "míos enemigos malos".

Lo que el Cid, como el caudillo, quiere, es hacerse una posición elevada en la sociedad. Casar sus hijas

con infanzones o hijos de reyes y gobernar. Su propósito no es destruir el orden social existente, sino ponerlo a su servicio. Mantener el orden, que era lo que decía Rosas, pero con su persona y sus amigos a la cabeza.

Cuando los hombres del Cid quieren destruir los moros y su ciudad, el Cid los disuade con muy eficaces razones. No hay que matar inútilmente a los moros. Con cortarles la cabeza nada se gana. Hay que dejarlos donde están, en sus labores y tareas, "Ca el señorío tenemos". "Posaremos en sus casas, e dellos nos serviremos".

Esa busca del "señorío" es visible en toda la atormentada historia del caudillismo criollo. La tendencia a convertirse rápidamente en clase dirigente. En lo posible sucesora, antes que destructora del orden establecido y tradicional.

El nervio esencial del orden caudillista consiste en la lealtad de hombre a hombre. El caudillo debe contar ilimitadamente con sus hombres y sus hombres deben contar absolutamente con el caudillo. El caudillo es como el padre, el "taita" de su gente, como lo fueron Páez y Rosas. En cierto modo, todo el "Poema del Cid" no es sino el canto a ese tipo de lealtad. No haría por cuanto hay en el mundo "una deslealtanza". El Cid guarda entera su lealtad aun al moro Abengaldón, aun al rey Alfonso que lo ha echado del reino. Cuando el rey lo recibe para reconciliarse, llora, se arroja al suelo y masca las yerbas en signo de total sumisión.

La lealtad se sostiene, en parte, con la bondad para con los suyos y con la dureza para con los enemigos. Los que acompañan al Cid a la conquista de Va-

lencia son hechos caballeros. Todos recibieron abundante oro y plata. "Todos eran ricos, quantos que allí ha".

Pero el escarmiento para el enemigo activo no excusa la generosidad. El caudillo debe saber ser generoso cuando la hora llega. Como el Cid sabe serlo con su prisionero de guerra el Conde de Barcelona. Le arrebató el botín, pero lo trata con todo miramiento y le devuelve la libertad después de hacerlo comer a su gusto.

A él van en busca de justicia y de protección todos los que de él dependen. El la administra, no de acuerdo con códigos; sino de acuerdo con su conocimiento de los hombres que le rodean, que es siempre penetrante. Como Páez la administraba a sus gentes en las tardes del campamento. Como la administraba Facundo Quiroga. Como la administraba Don Porfirio.

A cada instante tropieza uno en el Cid del Poema la prefiguración del caudillo americano. El lenguaje, la actitud, el modo de actuar, los propósitos. Un tipo humano en el que hay poco de los ideales caballerescos y cortesanos y mucho de buen sentido y de realismo vigoroso. El sentido común, lo cazurro, lo familiar, lo humano ordinario constituyen sus características y su fuerza. Un aire de familia los une.

EL PRIMER CAUDILLO

Todavía es poco lo que se sabe de Boves. Ha quedado, para los más, en leyenda de sangre y en figura de espanto popular. Es el "feroz asturiano" de los historiadores románticos, que casi más que a la historia pertenecen al "folk lore" de los aparecidos y los espantos, con "la llorona", la llama nocturna del alma del Tirano Aguirre y el resonante "carretón de las Animas".

Además, ha habido como una censura tácita para estudiarlo y describirlo. El, en un grado superior de execración, comparte la suerte de desprecio y olvido que cubre a los que tomaron la bandera realista en la larga y complicada guerra de la Independencia. En la penumbra de su infierno están con él otras curiosas figuras. La de José Domingo Díaz, por ejemplo, que todavía no ha encontrado, en ciento veinte años, quien ose editar de nuevo su valioso e importante libro sobre "La Rebelión de Caracas".

Habrá un día que tratar de entender y estudiar la faz y los motivos de esa otra Venezuela que luchó contra la Independencia. Sacar a la luz los documentos donde están sus alegatos y sus puntos de vista. Y recomponer así, en su integridad, el proceso de nuestra historia.

Esa labor de análisis ya ha sido iniciada entre nosotros, con extraordinaria audacia y penetración, por el grupo de los historiadores positivistas de comienzos del presente siglo. Gil Fortoul, Alvarado, Vallenilla Lanz, Arcaya y otros iniciaron esa investigación obteniendo sorprendentes resultados. Fueron ellos de los primeros

en ver en Boves algo más que la encarnación de las potencias infernales. En colocarlo dentro del marco de la situación social de la época.

Juan Vicente González en medio de los contrastados escorzos y cálidos colores con que pinta el retrato del bárbaro, con el ojo puesto en la historiografía romántica sobre la Edad Media, apunta con atisbo genial: "El héroe y el bandolero se fundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria". Y añade más adelante: "El primer jefe de la democracia venezolana cubre el año de 14 a Morillo y a su expedición y a cuanto le rodeaba, como cubre la lava de los volcanes las ciudades y los campos".

Son muchos los aspectos del individuo y del momento que habría que estudiar para analizar el mecanismo que lleva aquel oscuro español, perdido entre las caravanas de ganados de los Llanos, a convertirse en el jefe absoluto del primer ejército popular victorioso que aparece en la historia de Venezuela. Entre el traficante de novillos y el terrible general de los lanceiros de 1814 hay una oscura zona formativa, psicológica y social, en la que habría que penetrar a fondo para llevar más luz a nuestra historia.

Boves representa la primera forma del caudillo que aparece en nuestra historia. En él se condensa por primera vez el fenómeno que luego se va a repetir con variantes a todo lo largo de nuestro siglo XIX. El lograr crear desde el primer momento, y con una gran seguridad en los resortes y en las formas, el tipo de caudillo. Los rasgos que se van a repetir en una u otra forma en la galería de nuestros caudillos aparecen en él.

Es valiente y osado. Realiza lo que parece difícil

o imposible a los otros. Es terrible para los enemigos y bueno para los suyos. Está profundamente identificado con su gente. El encarna de un modo preciso lo que en ellos es oscura codicia, o turbio resentimiento, o voluntad de poderío. El es el brazo ejecutor de lo que en su gente es instinto.

El no sólo descubre sino que hace suya la psicología del pardo colonial, que era la vasta mayoría oprimida y pobre del país. Hay un don de mimetismo en la raíz de su autoridad. Los más lo van a ver como a uno de los suyos. Como si hubiera nacido, al igual que ellos, en una choza de la llanura y se hubiera criado sobre el lomo de un potro.

Es aquel asturiano, nacido y formado en España, quien, por paradójico que parezca, va a expresar y satisfacer del modo más brutal y completo, el resentimiento, viejo de tres siglos, del pardo humillado por las clases altas y ricas de la sociedad colonial.

El abre un ancho río de sangre para saciar esas primarias pasiones. Su gente quedará ahita. El Presbítero José Ambrosio Llamozas, quien fuera capellán de aquel ejército, presentó al rey en Madrid, en 1815, un Memorial acerca de los sucesos de Venezuela, que contiene preciosas informaciones.

"El Comandante General Bobes, dice allí, desde el principio de la campaña manifestó el sistema que se había propuesto y del cual jamás se separó; fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, contemplando y halagando a las demás castas". Para ilustrar esta afirmación el antiguo capellán cita algunos espantosos ejemplos de fría matanza.

A la matanza de los blancos seguía el reparto de sus casas y bienes "entre los Pardos, y dándoles pape-

letas de propiedad". El color social de la lucha era manifiesto y no llegó a desaparecer en ningún momento de su rápida y cruenta trayectoria. Llamozas dice: "continuamente recordaba a sus tropas en público su declaración de guerra a muerte a los blancos hecha en el Guayabal: siempre les repetía que los bienes de éstos eran de los pardos".

Este propósito igualitario, tan lleno de atracción en medio de una sociedad jerarquizada, se confirmaba de un modo muy curioso en otros aspectos. "Con los pardos comía y con ellos formaba sus diversiones". Y aun dentro del ejército había logrado implantar un pintoresco género de igualdad. Los soldados sentían que no dependían de nadie más que del jefe supremo, y que entre ellos no se interponían jerarquías intermedias estables. A esto se refiere Llamozas cuando habla de que la "insubordinación del ejército era general y escandalosa". "Cuando se les antojaba no obedecer las órdenes de algunos Comandantes y Jefes lo resistían de hecho y pedían su deposición a que accedía el Comandante General Boves nombrando otros que a poco tiempo experimentaban la misma suerte si trataban de corregirlos en sus excesos".

A la cabeza de este limoso torrente de instintos levantó Boves su prestigio de caudillo. Un sistema que le dió lanzas para dominar toda la vieja Capitanía. Hasta caer prontamente en Urica.

En Urica, donde por aleccionador contraste, cayó también el Licenciado Miguel José Sanz. Un hombre que no tenía lanza, sino leyes y principios en la cabeza. Y que representaba una Venezuela para siempre antagónica de la de Boves. Más en los medios que en los fines.

MI ABUELO PIETRI

En estos días se han cumplido los cien años del nacimiento de mi abuelo materno el Doctor y General Juan Pietri. Ha sido buena ocasión para recordarlo, para que los viejos amigos que todavía le quedan vivos trajeran la memoria de sus hechos, para que algunos escritores de generoso aliento recordaran su vida pugnaz, y para que en las planas de los periódicos volviera a verse su grave y hermoso rostro de varón barbado y cumplido. Un resplandor del sol de los muertos ha iluminado su figura.

Escaso fué mi contacto con él. Murió cuando yo tenía cinco años. De él me queda una especie de borrosa imagen de daguerrotipo en el fondo de la memoria infantil. Lo veo sentado, en la mañana, a la sombra de un amplio corredor. Lee su periódico. Debía ser su periódico de política. Yo entro del brazo de mi madre y digo: "La bendición granpapá". Baja el periódico y la noble cabeza inclinada se queda contemplándome. Todavía cierro los ojos y veo la barba rubia, los ojos azules, el vigoroso ademán.

Después más tarde oía en la casa repetir las leyendas de la mitología familiar en las que su nombre fulguraba en heroicos hechos. Luego en la adolescencia, cuando empecé a interesarme por la historia, por las letras, por la política, traté de entender el hombre ver-

dadero que debía estar debajo de aquellas tradiciones familiares. El hombre que había dejado aquellos libros latinos, italianos y franceses, de cuyos lomos no quitaba yo la vista, en las visitas que hacía al hogar de su viuda.

Pero no fué sino mucho después, al través de mi propio vivir y de mi propia experiencia, que empecé a mirarlo de cerca y a entenderle el tormento de vivir. A aprenderle la generosa lección.

Era un hombre de pasión en el más noble sentido. No sabía sentir tíbiamente ni obrar a medias. Tenía el amor de lo grande, de lo absoluto, de lo heroico y sentía asco físico por la hipocresía, la prudencia, la mezquindad. Obedecía ciegamente a los impulsos de su corazón, y nunca supo contar en cantidades el tamaño de los riesgos que afrontaba. Tenía un tono jupiterino para fulminar a sus enemigos y para impulsar a sus amigos.

Tuvo la pasión de Venezuela metida en los tuétanos. Quería engrandecerla, quería hacerla a la imagen de sus ideales, quería darle las dimensiones materiales y morales de su pasión. Todo lo demás lo sacrificó a esa ansia, con un altivo desprendimiento, y con una desdeñosa elegancia de hombre del Renacimiento. Amaba la política, pero no esa que hacían los hombres de las antecámaras de la Casa Amarilla, sino la que él sentía como el único instrumento en que podían conjugarse y realizarse plenamente la grandeza del individuo y la grandeza de la nación.

Hijo de inmigrantes corsos había nacido en la población oriental de Río Caribe. De ellos heredó la sangre levantisca y el culto napoleónico al héroe. Pero se sentía totalmente de su tierra. De aquella de costas

y de cocales donde nació, y de toda la otra que por ríos, sabanas y cordilleras es carne de Venezuela.

Casi niño marcha a Francia a hacer sus estudios y allí permanece por largos años. Estudia en Aix, en Montpellier, en París. Letras, filosofía, ciencias biológicas, medicina. Es la suya la Francia del Segundo Imperio, la de Luis Bonaparte, la de la Condesa de Castiglione, la de las cargas de caballería, la de la música de Offenbach y la de la vengadora poesía de Víctor Hugo. Es también la de Sedán y la de la Comuna. Toma parte en los motines y en las conspiraciones. Combate en las barricadas callejeras y ve nacer con encendida emoción la Tercera República francesa. Y ve surgir con ella a un hombre que lo subyuga: Leon Gambetta, el gran tribuno popular. Ardiente como él, meridional como él, encendido de santa pasión por la libertad y por la justicia y por la grandeza de Francia. Como él se siente encendido en pasión por aquella tierra lejana a la que pertenece hasta la última fibra de su cuerpo.

Con su fresco título de médico regresa a la Caracas de Guzmán Blanco. Hay buenas posibilidades de abrirse camino, de hacerse de renombre profesional, de ganar dinero. La clientela comienza a crecer con la fama de su habilidad de médico y cirujano. En la Universidad, que se renueva con Ernst y Villavicencio, hay una cátedra para él. Las perspectivas son halagüeñas. Pero él no es hombre de estarse quieto, pegado a la rutina de un oficio lucrativo, cuando el destino nacional confronta una grave encrucijada.

Pronto inicia su lucha contra la dictadura guzmanista. Y pronto va al destierro. A hacer el aprendizaje del dolor de ser venezolano. Ya desde entonces pone

de lado todo lo demás, carrera, intereses personales, conveniencias, para dedicarse hasta su muerte a luchar sin tregua por la Venezuela que él quería ver realizada.

La condición dramática de su vida va a ser la de la pugna de ese temperamento elevado e irreductible, y la de esos ideales levantados y remotos, con los caudillos de su tiempo y con la realidad que producía los caudillos. Va a conspirar y a tratar de dialogar con hombres que le son tan ajenos y contradictorios como un Venancio Pulgar, un Joaquín Crespo, un José Ignacio Pulido, un Cipriano Castro. Toda la tormentosa etapa que se agita entre la autocracia de Guzmán y la de Gómez.

Va a ser un constante entusiasmarse y desilusionarse. Creer, en las conspiraciones del destierro o en las conversaciones del campamento, que aquellos hombres aceptan y comparten sus ideales, para encontrarlos después, en el poder, aferrados a los vicios tradicionales, al mandonismo personalista, a las peores reglas del juego de los intereses personales y de la política cazarra. A tener que romper estruendosamente con los que ayudó a levantar, y a tener que recomenzar al día siguiente de la victoria la tarea de reconstruir un nuevo frente de lucha por los mismos ideales tantas veces traicionados.

A los beneficiarios de las guerras y de las nuevas situaciones les parecería un hombre incómodo, un poco loco, y demasiado violento. ¿Qué era lo que quería Pietri? No estaba contento con participar del Poder, con disfrutar de prebendas, con la posibilidad de enriquecerse. Quería fastidiar y estorbar con planes y conflictos y proclamaciones de principios. Su violencia

no era sino la forma incontenible de su indignación. Veía a los simuladores, a los hipócritas, a los oportunistas, a los traficantes, queriendo trepar y enriquecerse a la sombra de un Poder que él no concebía sino como un instrumento para realizar la grandeza nacional, y los llamaba por sus nombres a gritos: ladrones, negociantes, estúpidos. Teatralmente, a grandes voces, decía lo que pensaba y se marchaba, a la cárcel, al destierro, a la insurrección o al olvido, dando un portazo de indignación. Los logreros y los negociantes se quedaban desembarazados y tranquilos frotándose las manos de contento. Alguno decía como irónico epitafio: "Es que este Pietri no es político".

Así transcurrió su vida dramática y frustrada, en tormento, sin que la amargura llegara nunca a desnaturalizarle los ideales o a matarle la poderosa esperanza. Se parecía tan poco a los hombres con que le tocó actuar que llegó a convertirse en un símbolo y en el personaje de una leyenda viva.

Amaba la vida. Tenía gustos y maneras de gran señor. Despreciaba el dinero y daba con inagotable generosidad. Amaba la belleza de los seres, las cosas y las palabras y tenía el culto de las virtudes varoniles. El culto de la grandeza.

Por concebir su vida con grandeza y el destino de su tierra con grandeza terminó por sacrificarlo todo. A veces equivocadamente. Pero con una heroica elevación de miras y de tono a la que nunca pudieron llegar las mezquinas codicias y las mañas de los que lo odiaron y vencieron.

No amasó fortuna, ni poderío, pero dejó un ejemplo estimulante y una leyenda generosa que ennoblecen su figura, su tierra y su nombre.

ALBERTO ADRIANI EN SU LIBRO POSTUMO

Este no es un libro organizado, escrito para libro por un literato. Es mucho más. Es un libro orgánico escrito, casi con su propia vida, por un hombre. Esta es la hoja de temperatura de esa pasión venezolanista que se apoderó del alma de Alberto Adriani desde que asomó su inteligencia al panorama de la tierra, y que tan viva y pertinaz fué, que todavía, después de su muerte, vibra y batalla.

No era la suya la pasión palabrera o el amartelamiento insípido de aquellos para quienes la Patria es sólo un motivo de oratoria. Nunca pudo embriagarse de esa gloriola fácil quien tenía los ojos abiertos ante el desastre y buscaba interpretar las oscuras señales del destino colectivo. Su pasión era la de conocer por la identificación y de salvar por el conocimiento.

Cuando, todavía adolescente, Alberto Adriani comienza a disciplinar su inteligencia, ya tiene el tino profundo de los hombres responsables. El no irá, como otros compañeros, a refugiarse en el cultivo de una literatura pálida, tampoco era de los que se drogan con sueños e ilusiones para olvidar la realidad. Comprendió, con la primera ojeada, que los males de Vene-

zuela arrancaban de más hondo y de más lejos que del personal transitorio que ejercía el Gobierno, que nada se lograría con un cambio de hombres, mientras previamente no se operara un cambio en los hombres. No se podría hacer una Venezuela distinta, sino con un venezolano distinto.

La fórmula para obtener esa trasmutación fué el acicate de toda su existencia. A lo largo de estas páginas, escritas en todas las épocas de su vida, resuena el angustioso jadeo de esa búsqueda. Era el hombre que voluntariamente, y en silencio, se había cargado con el destino de un pueblo y se negaba el derecho a descansar.

De su Mérida nativa, donde lo asfixia el ambiente arcaico, pasa a Caracas en busca de la Universidad. Lo que encuentra es la fábrica de Doctores y leguleyos. Él buscaba maestros que lo enseñaran a conocer y a comprender a Venezuela y a su tiempo, y encontraba códigos, pandectas, excepciones dilatorias, nociones de derecho quirritario. Cuando se estudiaba la definición romana o francesa de la propiedad, no había quien le dijese cómo poseía el hombre de las llanuras, ni qué estructura social nacía de sistema de los conucos. Oía estupendas lecciones sobre las personas físicas y jurídicas, pero nadie le hablaba de los tremendos problemas de raza, educación y sanidad que condicionan el destino de Venezuela. Por la noche, en su alcoba de estudiante, escribía en su libréto íntimo un programa de Gobierno: "Protección para el que trabaja, queremos levantar de sus ruinas la industria y el comercio; queremos dar un impulso gigantesco a la instrucción; favoreceremos la inmigración que ha de traer a nuestras playas gente robusta de cuerpo y de espíritu que

levante nuestra raza que decae o se estaciona; tendremos ferrocarriles; construiremos carreteras, impulsaremos nuestras comunicaciones marítimas, para que por mar y tierra transite sin tropiezos la riqueza nacional. Adonde no llegue la iniciativa individual, allí estará la del Gobierno." Afuera ardía la noche tibia incitando al devaneo, a la pereza y a la felicidad, ignorando aquella vigilia única y tenaz.

Después va a Europa. Pasa en Ginebra unos años de extraordinario aprendizaje. Entonces sí ha encontrado maestros que le hablen de las cosas que él siente vivir. Concorre a las facultades de ciencias económicas y sociales y comienza a comprender el proceso de la historia de una manera distinta a la concepción heroica de nuestra historia oficial. Mientras aprende a penetrar las claves decisivas de la economía, curiosa en las vecinas dependencias de la Sociedad de las Naciones y mira a los prohombres de la hora intentar la construcción de un nuevo destino para el mundo.

El momento es extraordinario y excitante. En todos los pueblos se inician nuevas formas de vida. Walter Rathenau, personifica en Alemania un tipo humano que lo fascina. Asoma en su Italia paterna la totalitaria tentativa del fascismo. Observa, estudia, toma rápidas notas, y entre ratos mira hacia su Venezuela indiferente que parece exhausta, sentada a la orilla del camino por donde pasan los otros pueblos hacia la conquista del poderío y de la felicidad.

Su tierra atrasada y perezosa lo hostiga y le duele como una angustia física. Ya no tiene sosiego. Envía artículos sobre la actualidad mundial llenos de un detonante entusiasmo por la energía constructiva. Pasan y caen. Anota en su cuaderno: "Será necesario

aprender la actividad verdaderamente eficaz, hacer pragmáticas todas nuestras potencias. Será necesario, sobre todo, hacerse una naturaleza realizadora, que haga las cosas, aun cuando las haga mal como aconsejaba Sarmiento".

De Ginebra pasa a Londres, de Londres a Washington. En todas partes se le ve en las universidades, en los Congresos, en los archivos, estudiando estadísticas, memorias, libros, cultivos, transportes, monedas, migraciones, buscando la explicación de la grandeza de los pueblos.

Se prepara y se amerita para desempeñar mejor la gran misión que, en lo secreto de su corazón, le ha confiado Venezuela. Parece querer contar con todas las armas para cuando llegue la hora terrible de encararse con la realidad y vencerla. Sus cuadernos de notas de lectura dan testimonio de su curiosidad inagotable. Copio al azar los títulos de algunos libros que comenta o cita en una temporada: "The earth population possibilities and the consequences of the present rate of the earth's inhabitants". "Memoria del Ministerio de Fomento de Chile". "Land Policy", por C. L. Alsberg. "La política agraria en Italia", por A. Serpiéri. "L'Amerique du Sud", por Pierre Denis. "Documents furnished by the Bureau of Reclamations, Depat. of Interior. Washington". "Problemas de la Población en el Japón". "Historia de la Civilización Ibérica", por Oliveira Martins. "Aportación de los colonizadores españoles a la prosperidad de América". "Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación", por M. Puentes de Oleas. "Selección de Leyes de Indias". "The coming of the white man", por Herbert Ingram Pristley. "The economic development of the British Over-

seas Empire", por L. C. A. Knowles. "The new colonial policy", por H. Key. "Spain in America", por E. G. Bourne. "The american indian", por Clark Wissler. "Tropical-Holland", por H. A. Van Coonen. "The United States ande the Philippines", por D. R. Williams. "Spain Overseas", por Bernard Moses. "The partition and colonization of Africa", por Sir Charles Lucas. "The dual mandate in British Tropical Africa", por Sir F. D. Lugard. "The history of colonization", por Henry C. Morris. "La traite negriere aux Indes de Castille", por Georges Scelle. "L'Argentina", por G. Bevione, etc.

Estaba, como en el símbolo de los poetas elementales, tocando con desesperado llamamiento a todas las puertas, pidiendo auxilio para su aventura. Todas las formas del conocimiento podían servir para encontrar la clave. Como en el poema de Whitman, él consideraba todas las partes dignas del canto.

Cuando al fin regresa a Venezuela ya está presto para saltar sobre la presa. Ya tiene sólido el músculo, rápido el pensamiento y dura la voluntad. Conoce todas las formas en que puede presentarse el enemigo y la manera de vencerlo en cada una. Desde su aldea natal mira acercarse la hora decisiva en que va a entrar en el escenario de la actuación pública. Tiene conciencia de la víspera que vive. "Llevo una vida campesina, dice en una carta, pero no tan salvaje como pudiera suponerse, y disfruto de una tranquilidad que no podría ser mayor en otra parte. Es bueno quietarse los nervios.

Son los años en que la crisis mundial se desborda sobre Venezuela amenazando arruinarla. Desde el exterior él ha visto aparecer los primeros síntomas, y con una trágica insistencia los ha estado anunciando en

artículos, que casi nadie lee o que nuestros entendidos miran con cierta despreciativa superioridad. Es el bachillercito ese que desde Ginebra o desde Washington pretende darle consejos a los potentados cafeteros. Que se atreve a hablar de cosas tan absurdas y descabelladas como la racionalización de la producción, la diversificación de los cultivos, el establecimiento de granjas experimentales, la creación de una sociedad de defensa del fruto. En el inmenso buque de la estulticia de nuestros latifundistas, él corre desesperado anunciando la catástrofe que se avecina. Los precios del café van a derrumbarse, la ruina se acerca espantosamente. El quiere despertar a los que duermen, alertar a los que no comprenden, pero es en vano, nadie puede ni quiere comprenderlo. Su solitaria angustia recuerda una imagen de tragedia clásica. Tiene momentos en que su voz llega al grito. "Venezuela, cuya prosperidad depende tanto del café, debe seguir atentamente las iniciativas que se toman en otros países para establecer la industria cafetera sobre bases científicas". "Una industria cafetera brasileña que mantuviera su prosperidad sobre la base de la técnica científica y de precios mínimos de producción significaría la ruina de la industria cafetera venezolana". "Nuestros hacendados no parecen darse cuenta de los peligros que se preparan". "La necesidad de reorganizar nuestra industria cafetera debería mover a los conductores de nuestro país al análisis de nuestra agricultura toda entera, más todavía, de nuestra entera economía nacional". Que nuestros productores de café sigan el buen ejemplo que acaban de darle los de Colombia, Guatemala, Costa Rica y otros países. Pueden estar seguros de que en el porvenir la prosperidad no será un presente, sino

el resultado de su propio esfuerzo. La política del avestruz, de las manos cruzadas, no podrá sino ser ruinosa. En todo caso merecería que lo fuera". Cita cifras, alega explicaciones, presenta fórmulas impresionantes, todo en vano. Cuanta amargura se siente en la simple frase que escribe después: "La crisis ha llegado y ha sido ruinosa para todos".

Desde su retiro en Zea mira al organismo nacional pereciendo, indefenso ante las repercusiones de la crisis. Hay veces en que no puede contenerse, y saltando por sobre la más elemental prudencia dice las tremendas verdades que ya no caben en su espíritu. La publicación de su ensayo "El dilema de nuestra moneda" fué uno de esos gestos audaces.

Al fin suena la hora. El Presidente Gómez ha muerto. El hambre y la sed venezolanas hallan vía libre para expresarse. Alberto Adriani corre a Caracas en aquellos días tumultuosos, llenos por igual de incertidumbre y de esperanza.

A poco, fué nombrado Ministro de Agricultura y comenzó la terrible experiencia para la que había estado preparándose por más de veinte años.

Nunca podré olvidar la atmósfera de energía y de confianza que se respiraba en su presencia. Tenía la voz metálica y apresurada y cierta brusquedad en el tono que contrastaba con su afable naturaleza. Cuando comenzó a trabajar en la administración pública lo hizo como un hambriento. Quería multiplicar las horas y los días para rendir la labor que le había sido negada

por tantos años. Corrientemente pasaba diez y ocho horas en su mesa de trabajo.

Pertenecía a esa extraordinaria raza de hombres tónicos que con su presencia contagian una fiebre creadora. A su alrededor sólo se veían gentes entregadas entusiastamente a su labor.

Pronto pasó al Ministerio de Hacienda. Tal vez desde los días de Santos Michelena, no se había sentado un hombre más capaz en el sillón de aquel Despacho. Quienes venían a hablar con el Ministro se sentían un poco incomodados de encontrar aquel joven, algo tímido, pero al terminar la breve entrevista no les quedaba la menor duda de haber estado en presencia de un representante nato de la autoridad.

Los vientres perezosos engordados en los privilegios, los que se habían hecho una industria de las condiciones del atraso venezolano, veían con desconfianza y rabia aquel joven Ministro que había estudiado tanto y de quien no se conocían debilidades. No osaban ni el soborno, ni el halago. Pero sabían que en el Palacio del Ministerio, estaba encendida hasta altas horas de la noche aquella lámpara, como una luz en el puente de mando, y que de allí saldría una Venezuela donde no encontraría sitio.

Comenzó la sorda y solapada reacción. Se alegaba que era demasiado joven o demasiado inexperto. Se llegó a acusarle de comunismo, por gentes que no podían comprender hasta qué punto su arraigada concepción espiritualista tenía que excluir el materialismo histórico. Los que no eran sus enemigos por el temor de sus intereses, lo eran por el daño profundo que le hacían la incomprensión y la estulticia. El no podía admitir que opinasen quienes no sabían; ni que se agi-

tase sin un fin constructivo inmediato; ni que flaquease el principio de autoridad; y menos aún, que en un momento decisivo se perdiese el tiempo en disputas bizantinas sobre temas ideológicos de política abstracta.

El conocía la historia de Venezuela y sabía cuántas veces los ideólogos, los imbéciles y los agitadores habían contribuido a perderla mucho más que los puros y simples bárbaros. Veía con temor crecer la amenaza de un retorno de la "vieja plaga" leguleya, palabrera y vacía. Perder el tiempo le resultaba sinónimo de traicionar.

Por aquellos días convulsivos de manifestaciones y algaradas circuló la peligrosa noticia de que el nuevo Ministro de Hacienda pensaba reducir los sueldos y presentar un Presupuesto comprimido draconianamente. En horas creció en torno a su nombre una ola de amarga impopularidad.

En esa ocasión fui a verlo. Acababa de publicar un Comunicado de prensa desmintiendo el rumor. Lo encontré inclinado en su escritorio cubierto de papeles. Afuera la batahola de los pedigüños y los solicitantes se apretujaban contra la puerta.

Me recibió con su cordialidad seca y cálida. Hablamos de la infame propaganda que se le hacía. Se encogió de hombros con indiferencia y me dijo mirándome de frente, con extraordinaria firmeza: "No estoy aquí por intereses personales, ni por conveniencias egoístas, sino porque creo que puedo ser útil, y mientras crea que puedo ser útil. Cuando están en juego intereses nacionales no me arredran las responsabilidades. No me contendrían murmuraciones, enemistades, ni calumnias. Estoy dispuesto a cumplir íntegramente lo que creo que es mi deber".

Tenía una idea romana de la autoridad. De su raza italiana le venía, con el gusto hondo por la política, el culto del Estado fuerte. No concebía que pudiera haber ningún derecho contra el de la colectividad representada en el Estado, pero tampoco concebía el Estado como un instrumento de dominación al servicio de un hombre o de una clase, sino al servicio de la mayoría nacional.

En veces ante la avalancha de sandeces que le llegaba, reía con risa nerviosa, y decía por todo comentario: "Amigo mío, ante la imbecilidad hasta los dioses mismos son impotentes".

Su pasión venezolanista no conocía regiones ni épocas. Lo mismo se trasladaba al problema y a la época de los hombres de la primera patria, como se preocupaba por la situación futura del país; e igualmente proyectaba vastos planes de industrialización en la cordillera como hablaba con fe inquebrantable sobre el porvenir maravilloso de las altas mesetas de Guayana. Era de la raza de los fundadores de imperios, de esos hombres que viven para transformar y multiplicar la vida circunstante.

La formidable perspectiva de todo el trabajo que habría que realizar para llegar a transformar la estructura económica y social de Venezuela en lugar de arredrarlo lo exaltaba. En veces hojeando un expediente se tornaba con llano regocijo hacia los que lo rodeaban y decía: "Mis amigos, aquí tenemos trabajo para cinco, para siete, para diez buenos años".

Ni los caciques surgidos de una raza contemporánea del Padre Orinoco, ni los hombres que a puro heroísmo ganaron la Independencia, ni los descendientes de los más antiguos colonos, han sido venezolanos,

de modo más funcional y sustantivo, que este hijo de italianos.

El destino acababa de poner en sus manos la palanca con la que podría alterar el ritmo fatal de nuestra historia. La hacienda pública, cuya estructura arcaica contraría y comprime la economía venezolana, iba a recibir la formidable renovación que haría de ella el instrumento de una vasta y decisiva transformación nacional.

Nuestros Ministros de Finanzas habían llegado a la gestión pública obsesionados por un simple criterio fiscal de aumentar los ingresos, constituir reservas y presentar cuentas excedentes. Poca o escasa noción tuvieron de las mil maneras como el sistema tributario canaliza y dirige la actividad económica de los pueblos.

Para Alberto Adriani, por el contrario, lo esencial era la economía del país y sólo concebía la estructura fiscal como un modo de dirigirla y servirla. Pensaba en un sistema de impuestos directos que libertase de las cargas a las clases menesterosas, imaginaba un sistema nacional de crédito, pensaba en una moneda al servicio de las grandes necesidades del país, y no en el país al servicio de los caprichos de la moneda.

Iba a crear un nuevo concepto de la política presupuestaria y hacer que el erario actuase como la sangre que nutre y fortifica metódicamente las partes vitales del organismo nacional.

Había comenzado febrilmente por levantar el inventario estadístico de la situación venezolana. Primero era necesario conocer a fondo la realidad antes de emprender la enérgica acción salvadora.

Después vendrían los grandes planes de inmigración y colonización. Millares de hombres blancos y

agresivos que vendrían a establecer su salud, su energía, su capacidad de producir riqueza, su ideología y su moral en una patria libre y feliz.

Llevaba cuatro meses apenas de plenaria actividad al servicio de Venezuela, de comenzar a revelar su formidable capacidad creadora, de tener en las manos el instrumento adecuado para comenzar la obra que por tanto tiempo había meditado.

Salió del Ministerio en la tarde de un sábado cualquiera. Había estado trabajando y proyectando como todos los días. Al lunes siguiente fué encontrado muerto en su lecho.

La brutal violencia de su desaparición añadió amargura a la infinita amargura de los que sabíamos todo lo que quedaba negado para Venezuela por aquella boca muda y aquellos ojos cerrados.

Fué un oficio de duelo y renunciación para las grandes y altas esperanzas que habíamos tendido como velas sobre el presente venezolano.

Los hombres rudos que luchaban en aquella hora contra las condiciones adversas de una tradición anti-económica, los labriegos de las montañas, los pastores a caballo en las soledades de la llanura, los navegantes de los ríos, los hombres modestos de la clase media, ignoraban la gran promesa que quedaba fallida con aquella muerte.

Del hotel trasladaron el cadáver a la sala de autopsias del Hospital Vargas, en cuya capilla quedó expuesto todo ese día.

Para llegar a la Capilla hay que atravesar todas las vastas galerías del Hospital, repletas de dolor venezolano, de terribles ejemplos de pobreza y miseria de una raza que languidece.

Allí ví hombres y mujeres, más pálidos entre las blancas ropas del Hospital, subir las gradas del catafalco y contemplar a través del cristal aquella fría sonrisa que conservaba en la muerte. En sus rostros de gente pueblerina se reflejaba la compasión natural de quien mira malogrado un hombre joven que había alcanzado una envidiable eminencia. Aquella piedad inconsciente venía a ser como el homenaje que rendía la Venezuela maltrecha, enferma y abandonada al hijo insigne que se extinguió luchando por salvarla.

Aquella fué la verdadera ceremonia nacional de sus funerales, mucho más que la solemne parada en el Capitolio, con mil cirios, flores, el Ejecutivo, las altas jerarquías, las erguidas bayonetas de los honores militares y la bandera tendida sobre el ataúd.

No era posible que quienes conocimos a Alberto Adriani y estuvimos junto a él en las más hermosas horas de su esperanzada angustia, nos resignásemos a dejarlo quieto y silencioso bajo su lápida blanca, y a permitir que el murmullo de los filisteos fuese echando paletadas de olvido sobre tan formidable fuerza de vocación venezolanista.

Venezuela está en una hora decisiva de su vida, casi en esa hora crucial en que los pueblos como los hombres han de responder a la pregunta de la esfinge, a la pregunta del destino con la respuesta de vida o muerte. Es hora de mirar señales y de oír voces dispensadoras de fe. En la plenitud de ese momento la fatalidad selló la voz de Alberto Adriani.

Quienes no nos resignamos a perderlo, lo hemos ido

a buscar en estos escritos dispersos y distintos donde ha quedado un eco de su terrible lucha en busca de la verdad y del camino. El libro que ha resultado carece de coordinación y de método libresco, pero es una obra orgánica, terriblemente viva y suscitadora, capaz de llegar hasta el fondo de las almas venezolanas para hacerlas dignas del tiempo que las aguarda.

No se ha apagado en estas páginas la viva fiebre en que ardía la mano que las escribió, ni duerme al fin la perpetua vigilia de aquel pensamiento, ni ha encontrado reposo aquella pugna sin tregua por hallarle un sentido venezolano a la vida venezolana. La semilla de esa angustia y de ese combate está latente en este libro, suscitando nuevos soldados para esa admirable aventura que consiste en trocar la propia vida por la faena trágica del destino de un pueblo.

Este puñado de páginas, que de las manos yertas de Alberto Adriani hemos arrancado sus amigos, sus hermanos, esta obra verdaderamente agónica, en el sentido unamuniano y batallador, la lanzamos como un mensaje a los hombres en quienes, a cada minuto, está naciendo y muriendo Venezuela.

PITTIER, EL MEDIADOR

Ha muerto el Doctor Henri Pittier. Ya pasaba de los noventa y dos años y trabajó hasta la última hora. Y lo que más parece su vida es corta por tanto que hizo y por tanto que no tuvo tiempo de hacer.

Había nacido en Suiza, había estudiado en Alemania, había vivido largos años en los Estados Unidos y en Centro América, pero donde vino a establecerse en definitiva fué en Venezuela. Donde permaneció desde 1918 hasta su muerte en 1950.

En realidad, a Venezuela pertenece porque libremente se dió a ella. Y no de simple palabra o de promesa, sino de dedicación entera y sin reservas. A ella se dió con ese don de juventud perpetua que no alcanzan sino los poetas verdaderos y los sabios verdaderos.

No se dió a un partido político, ni a un grupo de intereses materiales, ni a una parroquia, ni a una clase social. A lo que se dió fué al país. Al gran escenario natural donde se desarrolla el drama de la vida venezolana. En realidad, más que los grupos humanos, sus vocinglerías y sus pugnas, le interesaba el vivo relieve de la tierra, los animales, las plantas, los vientos y las aguas.

El se dió totalmente a la naturaleza venezolana. De la que los humanos no formamos sino una parte. Se dió a investigarla, a conocerla, a interpretarla para abrirla al amor y a la comprensión de todos.

Nó era sólo un botánico interesado en clasificar plantas y en recolectar hojas y hierbas. Era un naturalista con curiosidad inagotable y sensibilidad despierta para todas las formas de la vida.

El país entero fué su mesa de laboratorio. Las costas yermas, los animales y las plantas de la llanura, los de la selva fluvial y los de la selva de altura; los valles de las serranías y los solitarios páramos. A todo se asomó con curiosidad y con amor. Y no con el mero propósito de clasificar, de llenar páginas de catálogos botánicos, de ganar renombre científico, sino con el firme deseo de que la vida venezolana se hiciera complementaria de su naturaleza y no contraria y destructora de ella. El quería poner en paz, en Venezuela, al hombre con la tierra. En paz y en colaboración creadora.

En este aspecto su misión y su figura alcanzan cierto extraordinario tono prometeico. No sólo era el que sabía, no sólo era el que quería conocer y penetrar, sino también el que se empeñaba en enseñar a los hombres las artes de la vida.

Su labor de investigación y clasificación de la flora venezolana ya sería suficiente para granjearle la fama y la veneración debidas a un excepcional fundador. Pero, lo más grande de su labor, es que a ese aspecto supo añadir siempre la preocupación por el destino del hombre. El no deseaba un conocimiento abstracto de la naturaleza venezolana para dejarlo en tablas analí-

ticas y libros eruditos e inertes, lo que por sobre todo deseaba era establecer una relación de armonía entre el venezolano y la naturaleza, que es la condición indispensable para el efectivo bienestar y la verdadera estabilidad.

Las plantas, los animales y los hombres los veía asociados dentro del marco de la naturaleza en un proceso de evolución que podía ser para bien o para mal. Se necesitaba conocer a la naturaleza, pero no bastaba con ello, si el hombre no sacaba de ese conocimiento mejores reglas de aprovechamiento y de convivencia.

Ese proceso vivo y trascendental era para él su política y su ideología y su pasión. Estaba en favor de unos y en contra de otros. Con el ardimiento del convencido que ha borrado de su espíritu las dudas. Formaba en el bando de los bosques, de las aguas, de las terrazas para contener la erosión, de la utilización adecuada de los suelos, del respeto religioso al proceso ecológico, y, por lo tanto, en guerra abierta y sin tregua contra el bando contrario que no era otro que el del desmonte, el conuco, el chivo, la quema, la erosión y la destrucción estúpida de la riqueza natural.

A fuerza de conocerlos tan destructores veía con desconfianza a los hombres. Durante siglos los venezolanos no habían hecho otra cosa que transformar bosques en eriales, verdes montañas en calcinados cerros, tierras de labranza en peladeros, arroyos y riachuelos en grietas secas. Donde habían encontrado arboledas y bosques llenos de pájaros y del rumor del agua habían dejado el cardonal de greda. Los venezolanos no habían hecho otra cosa que destruir la naturaleza que podía sustentarlos y empobrecer continuamente su propio país.

Contra esa locura suicida se alza Pittier. Al principio solo. Escribe en los periódicos, habla con los gobernantes y con los propietarios de haciendas, procura despertar el interés de la gente por cuestiones que le parecen tan graves y decisivas para el porvenir nacional. Pero pocos parecen dispuestos a oírlo. Los gobernantes tienen otras cosas que hacer. Los ricos hacendados miran con desdén aquel teórico, que no sabe lo que es sembrar un tablón de caña, y que quiere cambiar las cosas que al través de la experiencia de los años se han formado, con tanto beneficio para ellos. Y a él no le queda más que ver con desesperación desfilar por las calles de la ciudad aquellos burritos cargados de sacos de carbón, que le parece que fueran cargados de cadáveres. Porque lo que va sobre ellos es substancia de la vida venezolana destruída irremediablemente.

Más tarde la prédica tenaz comienza a surtir sus primeros efectos. Algunos gobernantes comienzan a oírle. Se forma a su lado un núcleo de valiosos discípulos. Empieza a surgir en el país una conciencia cada vez más activa de los peligros de la erosión, la quema y la destrucción de bosques. Se toman providencias oficiales para contrarrestar esa larga acción destructiva. A los niños se les comienza a enseñar en la escuela a convivir con la naturaleza.

En esa transformación tan importante, que todavía está en sus comienzos, a nadie se le debe tanto como a este gran viejo vigoroso que acaba de morir. Pittier ha sido el principal mediador en ese necesario entendimiento del hombre con la naturaleza, que apenas se inicia ahora entre nosotros, y sin el cual Venezuela estaría condenada a la destrucción.

Llegó a sentir a la naturaleza como personificada y asociada maternalmente al hombre. Vió al hombre tan asociado al árbol y a la tierra como la ardilla, o la cigarra o el pájaro o el venado. Y al árbol como maestro de virtudes y hasta de vicios. En una página de su "Manual de las Plantas Usuales de Venezuela" hay una conmovedora invectiva contra el mango. El mango que le parece el socio de la pereza y de la imprevisión venezolana.

Era tan de la naturaleza que había nacido, y él se complacía en contarle, bajo un árbol y sobre el suelo de una huerta, donde los dolores del parto sorprendieron a su madre. Ya viejo, que fué cuando yo lo vine a conocer, más parecía un ser del reino vegetal que un hombre. Tenía el aspecto de una vieja raíz, viva y torcida.

Deja a Venezuela su inmensa obra de investigación y clasificación, sus lecciones, sus discípulos, su ejemplo y el gran Parque Nacional de Rancho Grande que se creó a sus instancias. Aquella vasta montaña devuelta al imperio de la naturaleza por su intercesión no es sino el primer paso de la política de conservación de los recursos naturales que él predicaba para todo el país. Y es, por eso también, su mejor monumento.

Si los venezolanos de hoy tuviéramos el sentido poético de los griegos antiguos lo habríamos debido llevar a enterrar allí. A la sombra viva de su mejor lección. Como una semilla.

MI AMIGO DIEGO

Nos conocimos en la pensión de estudiantes. Aquel vigoroso, brusco, áspero, sincero, acometivo y generoso Diego Nucete Sardi y yo. Allí comenzamos a hilvanar una amistad tan estrecha, tan sólida, tan honda, que nada ni nadie en la vida pudo atenuarla o enfriarla.

Era hombre de gruesas bromas sanas. Quería a lo rudo y reía sin reservas. Sus bromas favoritas eran con la muerte. Veía y anunciaba, riendo, presagios de próxima muerte para él y para los otros, que desasosegaban a muchos de sus contertulios. Pero daba la impresión de estar arraigado en la vida con anchas succionadoras raíces pletóricas de una savia de sobre humana fortaleza.

Llegó a aquella pensión de estudiantes de algún rincón de la remota Venezuela. Había sido militar. Había respirado un poco el aire de la guerrilla. Había sido autoridad civil de algún pueblo de la costa. Y venía a la conquista de Caracas.

Hablaba poco de su alta Mérida nativa o de sus experiencias anteriores y parecía tener todos los sentidos puestos ávidamente en batalla ante el presente. En aquella pensión de estudiantes había de todo. Graciosas muchachas provincianas. Algunos funcionarios. Algunos estudiantes trasnochadores. Algún poeta enamorado. Algunos aprendices de escritores.

Diego miraba todo aquello con curiosidad burlona. Le parecíamos gente un poco absurda. Había otras cosas que hacer más inmediatas que aquel divagar sin término al que él se acercaba sin intervenir como desde una ventana enrejada.

A poco de llegar comenzó sus actividades. Abrió una oficina de negocios un poco destartalada, uno de cuyos principales elementos decorativos lo constituía un imponente Diccionario de la Academia Española, que había sido mi contribución.

Allí mismo comenzó a desplegar las alas. A concebir con audacia y a ejecutar con tesón. A darse a una actividad ilimitada pero dirigida con sorprendente tino. Era la hora en que la Caracas pueblerina del café se empezaba a transformar en la rica ciudad petrolera. Diego compraba y vendía terrenos y casas. Conocía el mercado y la psicología de los clientes a fondo. Concebía amplios proyectos de urbanismo y comenzaba a realizarlos. Al poco tiempo era ya una figura importante y conocida en el campo de sus actividades.

Le resultaba fácil producir dinero. Y con la misma facilidad lo gastaba. Era generoso y espléndido. Con los suyos, con sus amigos y hasta con los extraños. Daba a manos llenas, regalaba de una manera principesco y nunca se paraba a considerar la cuantía del dispendio. Este gusto de dar y de gastar lo hizo siempre parecer más rico de lo que en realidad era.

Pero Nucete Sardi no era simplemente hombre de negocios. Un ser movido por el ansia del beneficio personal. Era sobre todo hombre de otras mayores y más nobles ambiciones. Aquella enérgica capacidad que alentaba en su ser quería ponerla al servicio de

otros intereses más generales y permanentes. Aquella extraordinaria capacidad de crear y organizar.

Una primera vez renuncia a su productiva actividad privada para aceptar un cargo en la Administración Pública. Eran los esperanzados días del año de 1936 en que Alberto Adriani asumía el Ministerio de Hacienda con la cabeza llena de los más hermosos y vastos proyectos. Allí nos volvimos a encontrar. Desde la Dirección Administrativa Nucete Sardi insuflaba su enérgico espíritu a aquella gran empresa de transformación y de superación.

Era poco comunicativo y las más de las veces se mantenía silencioso y reconcentrado, pero cuando se daba a la tarea de corazón, a la faena en que había puesto su fe, entonces lo hacía con todas sus facultades sin desperdiciar medio ni momento.

Entonces hablaba con todos, discutía, argumentaba, convencía. Iba a la reunión o a la radioemisora, o escribía, con pseudónimos, artículos de periódicos.

Adriani murió pronto. Algún tiempo después Nucete se retiró del Ministerio y volvió a reintegrarse a sus abandonados intereses y actividades.

De aquel primer ensayo de acción pública le quedó la insatisfacción de lo inconcluso. El sabía que había mucho que hacer y que él podía hacer y miraba con disgusto toda aquella parlería política, todo aquello que para él era perder el tiempo y errar el camino.

Una segunda vez vuelve a renunciar a sus intereses. Es la hora en que se inicia el gran Gobierno liberal y progresista del General Medina. Medina le conoce la capacidad creadora, la ambición generosa y el noble ímpetu del corazón. Y parece confiarle un simple puesto burocrático y rutinario: la Dirección de aquel lento

y limitado Banco Obrero. Con el Banco Obrero Nucete va a transformar a Caracas. A poco de entrar concibe el proyecto de re-urbanizar la sucia barriada de El Silencio. Lo concibe tan en grande, que toda la gente práctica y escéptica comienza a sonreír. A creer que es una utopía o un engaño. Saben que no hay antecedentes de una obra semejante en el país, y que la guerra, con su escasez de materiales esenciales y de maquinarias y transportes constituye un obstáculo insuperable. Pero Diego cree en su proyecto fabuloso. E Isaías Medina cree también en su proyecto. Y los que lo conocen empiezan a creer en aquella estupenda impresión de seguridad que sabía dar a lo que prometía.

Y así se realizó la hazaña. Ante los ojos asombrados de los escépticos, ante los predicadores de desconfianzas, ante los esparcidos de rumores y los fabricantes de infamia. Se levantó aquel gran himno de piedra a la capacidad de organización y de trabajo de los venezolanos. Era un gran acto de fe en la capacidad del país para enfrentar el futuro. Creaba una dimensión nueva para la concepción de lo administrativo.

Cumplida aquella tarea ciclópea pasó a la Gobernación del Distrito Federal. Apenas dispuso de un año y de muy limitados recursos para proseguir su tarea de transformar a Caracas en una ciudad moderna. Inicia la apertura de la Avenida Bolívar y la ampliación de algunas de las antiguas. Creó parques y paseos. Tenía la cabeza llena de proyectos creadores.

Era para mantenerlo en aquel confinamiento creador, sacrificando sus intereses, por muchos años. Para que sucesivos Gobiernos legítimos le hubieran implorado su colaboración. Pero, en nuestra Venezuela, lo

que vino fué la revuelta, la persecución política, la acusación infamante, el saqueo y el destierro.

Con nuestras menguadas manos cortamos aquella mano creadora en el momento de su mayor impulso.

Junto estuvimos en el Gobierno y juntos vinimos al destierro. Yo lo ví más reconcentrado y silencioso que nunca tragar aquella larga amargura que le daban en pago de sus obras y de sus servicios. La indignación le ardía en los ojos francos y nobles. Y la fibra de creer y de crear quedó rota.

El hombre que después se reintegró a Venezuela ya no era él sino su despojo. El luchador magnífico había sido herido de muerte dentro de su propio corazón.

Y ahora acaba de morir. Hay que decirlo con dolor. No tiene Venezuela muchos hombres para reemplazarlo. Algún día, en gesto de mínima justicia, vendrán a poner su nombre en aquella Plaza del Silencio que él levantó como anticipo de la Venezuela que quería contribuir a crear.

Era costumbre en él venir a mi casa en furtivas visitas silenciosas, sentarse sin hablar palabra en una silla, oír con una tenue sonrisa lo que los demás decíamos y levantarse mudo para marcharse de nuevo.

Así lo hizo de nuevo en los pocos días, tan cercanos a su desaparición, de mi reciente visita a Caracas.

Yo quiero pensar que lo sigue haciendo, que desde la justicia de Dios lo sigue haciendo. Que todavía su silenciosa presencia vendrá de vez en cuando a estar junto a mí. Y que ahora, cuando escribo el dolor de su recuerdo, con palabras de esperanza y de angustia para Venezuela, sonrío calladamente antes de irse.

"DICIENDO: —BUEN CABALLERO"...

Mi padre ha muerto el martes en la noche. Estuve junto a él en toda su larga agonía. Y durante ella, y después de su tránsito, en estos días que han seguido hasta este momento en que me siento a escribir mi pensamiento ha estado lleno de su figura, de su voz, de su recuerdo, de su presencia, de su ausencia. No podría hablar de otra cosa que no fuera de él. Si hablara de otra cosa sentiría que disimulo y niego. Y si por no hacerlo guardara silencio, me sentiría cobarde y pequeño, y precisamente él no me enseñó a ser ni lo uno, ni lo otro.

Es lo menos que puedo hacer por quien fuera padre excelente e irreprochable y por quien puso en mí la más grande ternura y la más inquebrantable fe.

Le tocó formarse en la agitada Venezuela que siguió al fin del guzmancismo. Su padre, el General Federico Uslar, era un amigo fraternal de Guzmán Blanco. Por los días de la Aclamación vivían en Caracas frente a la casa del Presidente, de cuyos hijos fué amigo desde la infancia. Guardaba el recuerdo de la figura pomposa y elegante del gran caudillo cuando salía de la casa para dirigirse al Despacho del Ejecutivo Federal, y de los cocheros franceses del Presidente,

que con su escaso español entraban a la bodega de la esquina a tomar vino.

Hablaba con orgullosa veneración de sus antepasados y parientes. Decía: "Mi tío Carlos Soublette"; mi padrino Simón Bolívar O'Leary". Pero no por vanidosa ostentación, porque también le complacía contar, entre otras anécdotas y tradiciones familiares, una de su abuelo el General Juan Uslar, que les decía a sus hijos, enseñándoles las hileras de sacos de fique colgados en los corredores de la hacienda en espera de la cosecha: "Estas son las cortinas de mi casa de Hanover".

Desde muy joven tuvo la voluntad de abrirse su propio camino.

Dejando de lado el apoyo de las vinculaciones familiares prefirió ser el hijo de sus obras. El camino que encontró abierto fué el de la guerra y, por cerca de veinte años, desde la adolescencia hasta la madurez, anduvo metido en las numerosas campañas que conmovieron al país en esos bravos tiempos que van desde la salida de Guzmán hasta la derrota de la Revolución Libertadora.

Militó junto a hombres de muy variado jaez: Joaquín Garrido, Luciano Mendoza, José Ignacio Pulido, Juan Pietri, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez. Pasó con entereza los infinitos trabajos de nuestras guerras, recibió heridas, sufrió enfermedades, recorrió las más diversas regiones. Anduvo por el Oriente, por El Guapo, en los combates periféricos de la Batalla de La Victoria, en la triste y heroica jornada de Carasúa, cuando tropas venezolanas, fueron a auxiliar a los liberales colombianos, en una campaña cruenta, mal concebida y mal dirigida. El se complacía en contar los trágicos incidentes de aquel regreso en desastre, sin

provisiones ni campamentos, por en medio de los indios hostiles que los acechaban.

Sus largos años de campañas y azares en nada quebrantaron su firmeza moral. Era tan recto y erguido de cuerpo, como de espíritu y de principios. Nunca tuvo vicios, por pequeños o insignificantes que fuesen. Nunca fumó, nunca bebió, nunca jugó. Era hombre de profunda y cristalina lealtad. Tenía una sola palabra y una sola cara.

Sentía admiración y afecto por las varoniles virtudes y la heroica energía del General Cipriano Castro, aun cuando no aprobaba sus errores y excesos. Acompañó a Castro en sus campañas y en sus empresas políticas.

Cuando llegó la hora difícil de la Revolución Libertadora, que con su fuerza formidable y con el apoyo de la mayoría del país parecía condenar a Castro al fracaso y la derrota, fué para él momento de prueba. Con la revolución estaban muchos de sus parientes y amigos. El hijo del Jefe de la Revolución: Manuel Antonio Matos Ibarra, era su entrañable amigo de la infancia. En los comienzos de la guerra se encontraron en una isla de las Antillas y aquel le dijo: "Arturo: tu puesto está con nosotros. Debes romper con Castro y venir a acompañarnos". Su respuesta fué la única que él sabía dar: "Yo no puedo hacer eso, Manuel Antonio, aunque lo lamento mucho. Si lo hiciera no estaría más nunca contento de mí y ustedes, en el fondo, tendrían que despreciarme".

Cuando vino la reacción gomecista contra Castro, en la hora en que muchos de los más importantes comilitones de aquel caudillo lo repudiaron y se pasaron al nuevo orden de cosas, mi padre, que no era de los

“sesenta”, ni de los compañeros favorecidos de Castro, ni de los que tuvieron figuración de primer plano en su Gobierno, se retiró con gran dignidad a una pequeña finca de café a sostener con su trabajo a su familia. Le hubiera sido, sin embargo, muy fácil pasarse a las nuevas tiendas. Su suegro, el Doctor y General Juan Pietri, era uno de los prohombres de la nueva situación. Permaneció apartado por siete años, trabajando tesonosamente en su tierra, sin obtener siquiera la tranquilidad porque allí vino a buscarlo la malquerencia para llevarlo a un calabozo y remacharle la dolorosamente venezolana carga de los grillos.

Nunca vivió sino para su casa, para su mujer y para sus hijos. Nunca tuvo placer que no fuera compartido por los suyos y entre los suyos. Se levantaba con el alba, se recogía temprano. Hablaba poco. Las cosas familiares y cercanas eran para él las principales y las que llenaban su vida.

Todo ésto pasa por mi cabeza y por mi sentimiento en estos días, aureolando la figura de este hombre virtuoso y modesto que acaba de morir, de quien no sólo tengo el nombre y el apellido sino el santo orgullo de llamarlo: Padre.

En una de las cumbres de la literatura castellana está el canto inmortal que Jorge Manrique escribiera a la muerte de su padre. De esa prodigiosa elegía, me atrevo a tomar, sin pecado, una sola frase, para ponerla con justicia sobre la tumba del mío.

Es ésta:

“vino la Muerte a llamar
a su puerta,
diciendo: “Buen Caballero...”

UN FANTASMA DE AYER

Murió en una clínica de Londres un ruso viejo y enfermo. Se llamaba Vaslav Nijinski y fué uno de los más grandes artistas de todos los tiempos. La materia de su arte no quedó en vivas palabras escritas, en música, en escultura o en pintura. Su medio expresivo fué su propio cuerpo y sus maravillosos movimientos. Lo más íntimo y propio y a la vez lo más frágil y transitorio que tenía.

No hay arte más hondo y vivo, pero tampoco más perecedero y fugaz, que el de la danza. Para la danza parecieran estar compuestas todas las elegías de lo perecedero y breve que los poetas han cantado a la belleza, a la primavera y a la juventud. Del bailarín queda lo que del relámpago, la instantánea e iluminadora visión que no puede detenerse. Su arte no dura sino una época de su vida para desvanecerse con la agilidad de la juventud. Los que no mueren jóvenes están condenados a sobrevivirse. Y los que no alcanzaron a verlos en la corta hora de su esplendor, ya no podrán nunca tener acceso a la gran fiesta de emoción estética que crearon.

Esta fragilidad extrema del arte de la danza, que no dura sino un momento para no quedar después sino en el recuerdo, fué aún mayor en el caso de Nijinski. Nijinski llegó a ser la perfecta encarnación del "ballet" ruso. Casi más que un artista, un espíritu alado sobrenatural, un Ariel, que pasó misteriosamente como despertando nuevos sentidos y nuevas visiones en el mundo de la cultura occidental.

El gran Sergio Diaghileff lo trajo a París en 1909, con el primer "Ballet ruso" que descubrió Europa. Era una mezcla de salvaje vigor e instinto primitivo de la danza, con la más clásica y adiestrada sabiduría. Surgió como una revelación incomparable. Creó una de las imágenes plásticas más poderosas en la sensibilidad europea de principios del siglo, al bailar con Pavlova y Karsavina el espíritu de la música de Chopin en "Las Sílfiges".

Pero como más le recordaban, sin duda, era el "El Espectro de la Rosa". El "ballet", sacado de un poema de Gautier, pinta las ensoñaciones de una muchacha que recuerda las escenas de un baile al que asistió. Esos recuerdos tomaban forma en un ser humano que no era sino el espectro de una rosa. Todas las sentimentales emociones de la pasada fiesta reviven en la danza del fantasma que envuelve a la muchacha. Cuando se acerca el alba, el fantasma, creado por los sueños, desaparece por la ventana con las sombras de la noche. El salto de Nijinski al través de la ventana era famoso. Más que salto era un vuelo. El regreso al aire de un ser que pertenecía al aire.

Fué breve la deslumbradora aparición de Nijinski. Apenas diez años duró la época de su extraordinaria gloria. De pronto se apagó y se entristeció. Pensaba

que era el fauno solitario del poema sinfónico de Debussy que había encarnado en un "ballet" famoso. Los médicos encontraron que estaba loco. Lo recluyeron en un sanatorio. Desde entonces no quedó de él sino la leyenda.

Su mujer, Romola, le acompañó durante todos esos años con una abnegación de madre. Se pasaba los días silencioso y melancólico dibujando sobre cuadernos extrañas combinaciones coreográficas.

Una vez vinieron todos sus compañeros al sanatorio. Pensaron que era posible rescatarlo volviéndolo a sumergir en el ambiente de su arte. Lo rodearon de la música y de las figuras del ballet. Le vistieron su traje y sus zapatillas. Pero él no parecía enterarse de lo que pasaba a su alrededor. Los miraba como sin vida y sin voluntad..

Durante los agitados años de la Segunda Guerra Mundial, Nijinski estuvo huyendo de país en país, de sanatorio en sanatorio. A veces pasaba largas temporadas fuera del sanatorio viviendo callada y pacíficamente con Romola. Hace poco tiempo vino a dar a Inglaterra. Vivían en una aislada casa de campo. El pasaba el día entre oír el radio y largas caminatas campestres. Casi no se le lograba sacar palabra. De allí lo llevaron enfermo al hospital de Londres donde murió. Quienes lo vieron bailar en su breve día han dicho que nunca se vió y nunca más se verá semejante gracia y expresividad de movimientos. Esto es muy difícil de juzgar para los que ya no tendremos nunca la posibilidad de mirarlo.

Lo importante, en un bailarín como Nijinski, no es la gracia, o la fuerza o la agilidad o el profundo sentido rítmico. De todo ésto sin duda necesita. Pero

lo que lo caracteriza es el don dramático. La capacidad de expresar sentimientos e impresiones por medio del movimiento del cuerpo. Y esto lo tuvo en un grado superlativo que hizo de él una de las figuras centrales del gran movimiento de renovación artística que significó la llegada del ballet ruso a París.

Lo esencial del ballet es que es mimo-drama. Es el conflicto dramático expresado por medio de la música y la danza. El ballet que había florecido en la Europa occidental durante el siglo XVIII y que había tenido una época de gran auge en el romanticismo, había ido decayendo. Había terminado por ser tan solo una diversión de la Opera.

Cuando Serge Diaghileff trajo el ballet ruso a París, aquel público refinado, fatigado y demasiado intelectual, tuvo la sensación de descubrir una novedad. Y lo era en efecto. Era un arte fuertemente nacionalizado, lleno de elementos populares tradicionales, donde la música, los decorados y los bailarines producían una vigorosa impresión de unidad y de espontaneidad.

Pronto Diaghileff dió otro paso de inmensas consecuencias. Buscó a los jóvenes compositores de mayor talento, y a los más grandes artistas nuevos y les encargó la creación de grandes síntesis artísticas. Era la época en que Stravinski escribía por encargo la música del "Pájaro de Fuego" y de "Petrouchka", y en que Bonnard, Marie Laurencin, y Picasso dibujaban decorados concebidos como manifiestos de pintura. Los grandes coreógrafos, como Fokine, trazaban los movimientos y los pasos que iban a representar la síntesis expresiva de toda aquella inmensa acumulación artística.

Lo que resultaba así era una como fusión creadora de las formas más nuevas y vigorosas del arte. Unifi-

cadras y organizadas en torno a la capacidad expresiva de la danza. Era como una manera más complicada y honda de sentir, en compleja asociación, la emoción y los mensajes que separadamente no hubieran podido crear la pintura, la música o el teatro.

Y en quienes venía a personalizarse ese gran esfuerzo de síntesis era en la figura sobrehumana de aquellos bailarines: En una Pavlova, en una Karsavina. Y, sobre todo, en un Nijinski.

Gran parte de ese mundo estético y de las latentes significaciones del gran ensayo de Diaghileff fueron barridos por las dos guerras universales.

Vivimos en un mundo más trágico, desesperanzado y fragmentario que el que intentaba unificar estéticamente el ballet. Hoy el ballet significa tan poco como la literatura. Poco más de una mera diversión marginal.

Las gentes de 1913 creían que podía contener el destino del mundo. Y que lo que Nijinski trazaba en el aire era una profecía y una invitación a la acción creadora. Para ellos la muerte del baile de Nijinski fué verdaderamente irreparable. Treinta años antes de que el hombre envejecido y ausente, que arrastraba el nombre, muriera en un hospital de Londres.

CHURCHILL EN LA FLORIDA

Bajo el tibio sol de la península donde Ponce de León buscó la fuente de la juventud, está Churchill ahora.

Su rostro regordete de niño sonríe entre las flores, las palmeras y los azules reflejos del agua. Con el habano legendario en la comisura de los labios y haciendo a los niños y a los periodistas la señal de la victoria, mancha la tela de un caballete de pintor con ingenuos paisajes, mientras medita a solas sobre cualquiera de las infinitas derivaciones que arrancan de los matices o de las formas de las cosas. Un vago y tímido eco del impresionismo se refleja en sus cuadros. No aparece en ellos ninguna figura humana.

Churchill descansa y pinta en las playas de Florida, mientras en las nieblas de Londres se reúne la primera Asamblea de la Organización Mundial de las Naciones Unidas. En el ambiente de la asamblea de Londres afloran vagamente, como al través de otra niebla, las formas y los matices de la compleja lucha que se libra entre las potencias y dominaciones y la razón y el ansia de felicidad del hombre. El drama se desarrolla con la complicada lentitud de las danzas orientales, escamoteado y traicionado por palabras vacías y proto-

colares, por desviaciones y juegos de similes. Sería la oportunidad para que alguna gran admonición, algún gran mensaje del hombre para el hombre pudiera levantarse a iluminar y desvanecer la niebla. Pero por ninguna parte se oye el sagrado jadeo del combate de Jacob con el ángel.

El hombre que pinta en la Florida está lejos de la fría ceremonia que se realiza a orillas del Támesis. Sin embargo, acaso nadie como él podría medir la decepcionante distancia que separa esta cámara comedia, de aquella ardiente transfiguración, que parece ya tan remota y muerta, en la que un hombre enseñó a su pueblo que la más fulgurante victoria podía alcanzarse cuando ya parecía no quedar más que "sangre, sudor y lágrimas".

Presente o ausente, dondequiera que este hombre vaya, ha de estar rodeado del resplandor de su propia grandeza. Una grandeza que no es solitaria e inhumana como la de la inaccesible altura, sino cercana, doméstica, sensible, repartida entre millones de hombres como pan o vino de salud. Parece un sér de la raza de los más, del que se sienten próximos infinitos seres medianos y chicos, y que hasta llega a veces a despertar esa cándida fibra humana que tocan los que caen en la enfermedad, en el error o en la desventura. Habiendo tenido en sus manos los símbolos soberbios del más aparatoso ejercicio del poder, sigue estando lleno de la fascinación de lo vivo, del calor comunicativo de quienes han vivido mucho y; con generosa disposición, han aprendido mucho de la vida.

Hubo que esperar a que Hitler estuviera a punto de subyugar el mundo, a que la humanidad se asomara inerme al umbral de un apocalipsis, para que la gran-

deza que estaba en él se elevara y ardiera a la vista de todos como una antorcha encendida a la cabeza de una densa legión nocturna, y para que los pueblos estremecidos le oyeran la voz, que tenía la fuerza y las raíces de la de Juan.

Su biografía es la de una tenaz vocación de la grandeza. La desdeñosa dedicación de todos sus días y de todas sus fuerzas al culto de su propia exaltación y de su misionera superioridad, hace recordar a Disraeli. La constante agitación de sus años mozos es como un rico prelude a la gran empresa con que él sabe que la historia ha de cargarlo. El joven oficial ansioso de fortuna y de renombre que abandona el hogar paterno, donde alumbran los admirables ojos de Lady Churchill, pasa pronto a ser corresponsal de la guerra de los Boers. Lo mueve la sangre insosegable del abuelo Marlborough, el Mambrú legendario que, en las canciones de los niños, está siempre de partida para una guerra de la que no ha de volver. En Africa del Sur, como en otras partes, arriesga la vida al azar. El no ignora que, la afición al peligro da una fatídica belleza moral a los hombres.

Desde entonces Churchill comienza a ser un escritor de gran clase. En su prosa late viva la sensibilidad del artista. Basta leerlo para comprender que sabe bien que los nombres tienen más significación por lo que abandonan a la sombra que por lo que comprenden en su declaración, porque sólo son sustancia plástica, donde oscuras fuerzas mágicas viven en el sonido inerte.

Esta calidad de artista florece con arrolladora fuerza en su oratoria. La palabra dicha en el diálogo con la multitud debe estar cargada de toda su fuerza virtual, de toda su incandescente belleza interior para

que sea mensaje y comunicación. Los grandes oradores operan con un arte vecino del encantamiento, y las mismas palabras llegan a significar en su boca cosa distinta y mayor de lo que ordinariamente significan. Cuando el hombre recibe en ese grado el dón de la palabra, recibe una investidura religiosa, un poder de declaración casi profético y llega a ser, en realidad, el que guía, el que ilumina, el que salva, aquel que los antiguos llamaban el poeta. Es el vate, en verdad, al que Dante saluda en la sombra de Virgilio, al eco de la "terza rima": "tu duca, tu maestro, e tu signore".

A Churchill le ha sido deparado dar a la multitud palabras llenas de belleza y de eternidad. Ha sido el vate de una de las más trágicas horas del destino del hombre fáustico. Ha sido verdad, casi en términos físicos, que al conjuro de sus voces, de las ruinas, del dolor y de la angustia, ha brotado un gran río de energía moral que hizo a su pueblo digno de la victoria. Sin esas palabras, acaso el destino del mundo hubiera sido distinto, y esa misma victoria-habría entrado muda a los anales, sin la resplandeciente hermosura de su mensaje para todas las generaciones. Pero Churchill apareció allí; como en el verso de Elisabeth Barret, llevando en la graciosa mano "un presente para los mortales".

Todos estos rasgos carecerían de su avasalladora fuerza si no estuvieran iluminados por la mágica aureola de la política.

La política ha sido el gran arte de Churchill. Para un hombre dotado de sus facultades, ninguna otra

cuestión humana podía reemplazarla, porque, precisamente, la política es la más demoníaca de las artes.

En un gran pintor como Tintoretto los seres y las cosas plantean su enigma en términos de forma, matiz, profundidad y composición. Los fluidos valores con los que la música levanta sus invisibles arquitecturas, reposan sobre una sola sensación del hombre. Los grandes creadores de la literatura, los que llegan más a tomar en sus manos la vida humana como materia, los grandes dramaturgos y novelistas, Shakespeare, o Cervantes o Tolstoi, parten de un hecho convencional, en que el hombre vive mientras es retratado o visto. Pero en el arte del gran político entran todas estas cosas y muchas otras en su prodigiosa totalidad ilimitada.

El gran artista político es, en cierto modo, el coreógrafo de los movimientos del pueblo. Compone con los valores plásticos de la muchedumbre, y está en perpetuo trance de creación. Su materia, la más rica, compleja y misteriosa, está hecha de la vida, los sueños, las intuiciones, las emociones y los instintos del pueblo.

El gran político, aun cuando no lo sea específicamente, tiene algo que lo hace parecerse al artista. Incluso, en ciertas ocasiones, llega a confundirse con determinada obra, que podría pasar por suya, o con alguna personalidad de artista. No sabría decir por qué, por ejemplo, Luis XI se parece mucho al hombre que pudo componer el "Román de Renart", o llega a identificarse tanto con la desventurada grandeza de la poesía de Villón. En Lorenzo el Magnífico, en cambio, predomina el parentesco con los artistas plásticos; podría haber sido otro discípulo del Verrocchio. Talleyrand, lo sabemos, tenía todo para haber escrito "La Princesa de Cleves". En Cavour hay algo que tiene

que ver con la música de Rossini. Y, sin dificultad, concebimos también que Bolívar habría podido escribir una "Eneida" americana.

La verdad es que no se es gran político sin estar poseído de una clase de intuición muy parecida a la de los artistas. En Churchill, esta condición aparece en todo momento y da a su actuación una calidad creadora. La manera en que ha confrontado las trágicas interrogaciones de su hora es enteramente la de un gran artista.

En todo arte está oculto un azar de vida o muerte y muchas sibilinas interrogaciones. Lo demoníaco está en las interrogaciones. El demonio es el que plantea enigmas. Pero ninguna interrogación tiene contenido más demoníaco que las que la política plantea al político de gran estilo. Tiene que resolver en todos los instantes el renovado enigma del que depende el destino de los hombres. Decadencia o predominio, victoria o derrotas. Vidas, alegrías, sufrimientos, condiciones infinitas de existencia para millones de seres surgen o se apagan o se desvían cuando Bonaparte decide invadir a España; o cuando los ejércitos mongoles reciben en el Danubio la orden de regresar al "kuriltai" que ha de elegir el sucesor de Ogadai; o cuando Enrique VIII separa a Inglaterra de la catolicidad. Y al acre sabor de angustia de esas tremendas interrogaciones no escapa el político en ningún momento, sino que debe enfrentarlas y responderlas sin tregua y aceptar sobre sí la sangre del sacrificio de sus hermanos. El contacto con estos misterios es el que engrandece y enriquece al hombre.

Para su prestigio y su leyenda, ya importa poco que Churchill haya realizado una política de derechas

o de izquierdas. Lo que importa, y quedará sin duda recogido para siempre, es el incomparable estilo con que ha sabido moldear la arcilla del destino humano. Lo que ha dicho y hecho tiene la calidad de la obra de arte.

Quien ha tenido el raro privilegio de someter su espíritu a la terrible y hermosa tensión de esas pruebas, queda para siempre con la fascinación del abismo. Tampoco el hombre que pinta bajo el sol de la Florida puede eludir el afán insaciable de las interrogaciones que lo persiguen. Los hombres de pensamiento saben que el trabajo manual es un poderoso estímulo para la meditación. Cuando pinta, como cuando levanta paredes de ladrillo, cada matiz, cada pesgote de argamasa, levanta fatalmente su eco, su segura correspondencia. Lo vuelve a sumergir en el agua salobre de la condición humana y en sus encontradas corrientes. El mundo está cada día más lleno de significaciones. Churchill medita sus sigilosas respuestas. Su caballete de pintor tiene un extraño parentesco con la rueda de hilar de Gandhi.

Los soldados y marinos que regresan de los frentes apagados; los capitanes de industria que toman un descanso en mitad del gran esfuerzo de la reconversión; los comerciantes; los banqueros; la laboriosa gente de la clase media que vuelve a adornarse con sus alledadas esperanzas, y los obreros que en fábricas y huelgas luchan ásperamente por mejorar su condición, todos ellos, en conjunto, representan bien a una sociedad que, no sin desintegradoras sacudidas, logró atravesar el trágico torrente de sangre de la guerra sobre las espaldas de algunos seres excepcionales, entre quienes se

destaca aquel mediocre y solitario pintor. La circunstancia que lo rodea es en muchas partes su obra.

También están allí algunas de las gentes más impregnadas de ocio estéril y muchas de las existencias más vacías del orbe. En una feria de pereza, de egoísmo y de vanidad yacen las frutas demasiado maduras de una clase social casi podrida. Están allí los nietos, los herederos, los que todo lo han recibido sin haber dado nada. Los mórbidos estratos superiores de una época que ha hecho un culto del mínimo esfuerzo y del vivir muelle, parecen recobrase plácidamente de la pesadilla con que la guerra los atormentó en medio de sus placeres.

A ratos, interrumpiendo su pintura, Churchill ha de mirarlos pasar. El hombre que acaba de salir de su hercúlea tarea, debe considerar con inquieta curiosidad esos absurdos seres. Ellos también forman parte de su obra. Bajando al infierno, cruzando entre fuego y sangre, con la suerte de una época a cuestas, Churchill ha sido también el Cristóbal de esta gente.

Al rescoldo del sol de la Florida la meditación del pintor de paisajes sufre de las contradicciones de toda grandeza en su diálogo con los fantasmas que pueblan el espíritu del hombre.

EL ENCUENTRO CON NEHRU

El Pandit Jawaharlal Nehru, jefe del Gobierno de la India libre, tiene una serena continencia y una hermosa y noble figura, que no son las que estamos acostumbrados a verle a los políticos y a los hombres de acción. Da una reconfortante impresión de tranquila y segura grandezza. Aquellos ojos y aquellas facciones más que los de un hombre de poder son los de un hijo de la meditación y del aprendizaje por el sacrificio.

Los diplomáticos, los políticos y las curiosas muchedumbres que se le han acercado en su viaje a los Estados Unidos le han adivinado la honda y reveladora diferencia. No se parece a los sudorosos caudillos de la política de poderío, sino a los que se dedican al servicio sin recompensas de una causa con valor de eternidad. Nadie, al mirarlo, se acuerda de los marajaes ahogados en cataratas de joyas, ni de la pintoresca India de los ingleses de Kipling, sino del misterio de la tierra de la más vieja sabiduría y del secreto poder de las potencias espirituales. Lo que miran detrás de él es la frágil sombra de Gandhi y los largos años de hermosa lucha en los que enseñaron al mundo como la convicción moral y las fuerzas espirituales podían lograr arrancarle, sin violencia, su más rica posesión

al más poderoso imperio. Esa es el aura de grandeza que lo rodea iluminando su sincera y graciosa sencillez.

Iluminado por ella estuvo en el domo de ceremonias de la Universidad de Columbia para recibir de manos del General Eisenhower un diploma de Doctor Honoris-Causa en Leyes, y para decir algunas palabras de las más hondas y conmovedoras que hayan oído los habitantes de este mundo de angustia en que vivimos.

"Vengo ante ustedes, dijo, no tanto en mi condición de Primer Ministro de un gran país o en la de político, sino más bien como un humilde buscador de la verdad, y como alguien que ha luchado continuamente, y no siempre con éxito, para hallar el modo de acordar la acción a los fines e ideales que he sostenido."

En la dirección superior del mundo ha faltado esa claridad de objetivos superiores, esa firme escala de valores y esa fidelidad a los ideales preconizados exteriormente. Dos guerras mundiales en treinta años es el precio que la humanidad ha pagado por esa falta de cordura.

Lo que Nehru proclama son las viejas verdades olvidadas en los libros santos de la humanidad, y que no son precisamente las que los políticos acostumbran invocar y las que dirigen las acciones de los hombres más poderosos de nuestro tiempo. "El gran mentor de mi país, Mahatma Gandhi, bajo cuya inspiración y amparo me formé, siempre se apoyó sobre los valores morales y nos advirtió de nunca subordinar los medios a los fines."

Por el camino de los males no se llega al bien. por el camino de la violencia no se llega a la paz, ni por el camino del odio y del miedo al entendimiento y a la cooperación.

El mira al mundo amenazado de la guerra, de la tercera y más destructiva de las guerras mundiales, y le parece que va por un camino de locura. Cree que la forma en que la India ha resuelto pacíficamente algunos de sus más terribles conflictos puede contener una enseñanza para el resto del mundo que se halla envenenado de odio y de miedo.

Y por eso no vacila en decir, con deslumbrante simplicidad: "Cómo se puede mantener la paz? Nó por medio del sometimiento a la agresión, nó por medio de la transacción con el mal o con la injusticia, pero tampoco hablando de la guerra y preparándose para ella. Hay que estar listo a responder la agresión, porque ella amenaza la paz. Pero, al mismo tiempo, no hay que olvidar la lección de las dos últimas guerras y a mí me parece sorprendente que a pesar de esa lección estemos andando por el mismo camino."

Esa voz que dice cosas tan viejas que suenan tan nuevas en el conflictivo mundo de nuestros días, es la de un hombre verdadero que se ha formado en el amor y en la comprensión de lo humano. Ese es el tono extraordinario que tiene en medio de los políticos y de los diplomáticos. Su espíritu está enriquecido por la vieja sabiduría de su pueblo y por las más ricas fuentes de la civilización occidental, pero él es algo más que un vivo depósito de conocimientos. El es más que el lector de los Upanishads y de los Vedas, y que el graduado de la Universidad de Cambridge. El es el hombre que aprendió humanidad con Gandhi y que estuvo además trece años en la escuela de la cárcel. De esas hondas fuentes manan su cordura y su serenidad.

No se aquilatan espíritus de esa calidad en las lonjas del lucro y en las algarabías de la plaza pública. Por eso sus palabras son lección y abren camino. No son las del político, son las del "humilde buscador de la verdad" para una humanidad acaso irremediabilmente extraviada.

Y anuncia que el mundo estaría mejor encaminado con más hombres de su jaez en la dirección suprema de sus destinos que entregado a los traficantes, a los ambiciosos o a los fanáticos. En sus palabras, en sus gestos, en sus acciones, el Pandit Nehru representa la conmovedora posibilidad de una política dirigida por la inteligencia y por los valores morales. Una política que no sea el arte mañoso de alcanzar y conservar el Gobierno, sino el medio de dirigir a los hombres hacia la realización de fines superiores.

Con recogimiento y emoción se oyeron esas palabras en el domo de la Universidad. Con recogimiento y emoción debían recibirlas todos los pueblos de la tierra, si es que los pueblos de la tierra están todavía en hora de oír y reconocer la verdad.

Si queremos mantener la paz, dice Nehru, hay que atacar las causas profundas de la guerra y no meramente sus síntomas. Y esas causas son la tentativa de dominación de unos pueblos por otros, los odios de raza, religión e ideología; y la miseria y necesidad de millones de seres humanos.

Esa es la lección, tan oportuna, que lleno de amistad para todos los seres de pensamiento y para todas las personas de buena voluntad, "en nombre de nuestra común humanidad", trajo el gran Indostano a quien el poder no ha atenuado la fe en la verdad y en el hombre.

ROOSEVELTIANA

La gloria de Roosevelt parece asegurada. La curiosidad pública en torno a su nombre no ha hecho sino aumentar desde su muerte. Hay como una avidez general por saber de él, por recoger todo lo que pueda recordarlo, por tratar de reconstruir de mil fragmentos salvados la grande imagen total de aquel hombre verdadero.

Se le han levantado estatuas, se ha convertido en tema de obras de teatro y de películas, se han vendido discos con su voz grabada, con aquella voz honda, cálida y firme que tenía tanto poder de encantamiento, y se han publicado numerosos libros.

Todos los que lo conocieron en alguna forma han querido dejar el testimonio de lo que vieron. Desde aquellas páginas que escribió su madre con el título de "Mi hijo Franklin", hasta los dos volúmenes de extraordinaria, penetrante y reveladora remembranza que ha escrito esa gran mujer que fué su esposa: Eleanor Roosevelt.

Ha escrito su secretaria, han escrito sus ayudantes militares, alguno de los detectives del servicio secreto encargados de custodiarlo, su hijo Eliot y muchos otros. De los papeles de su íntimo amigo y colaborador Harry

Hopkins sacó Robert Sherwood uno de los libros más extraordinarios de historia contemporánea que se hayan escrito nunca: "Roosevelt y Hopkins".

Y ahora John Gunther, el famoso periodista en libros, le acaba de dedicar un extenso y colorido reportaje, que habrán de leer los millones de habituales lectores que siguen sus libros para creer que se informan de lo que no tienen tiempo de saber.

Todo este bosque de papel impreso que ha brotado en torno a su tumba revela por lo menos dos cosas importantes: que en gran parte sigue siendo un hombre vigente después de muerto, y que los libros que tratan de él cuentan con atractivas posibilidades de mercado.

Roosevelt sigue pareciendo cosa viva por su propia grandeza, que es sin duda extraordinaria y que lo levanta como una torre sobre el nivel medio de la mayoría de los políticos de su tiempo, y también porque lo que pudiéramos llamar su acción o su tema sigue siendo una cuestión viva del presente, para el pueblo americano y para el resto del mundo.

La transformación general que se inicia en lo más hondo de la crisis económica de 1929, vino a personificarse en él. Para muchos de quienes más a fondo han estudiado la historia de los Estados Unidos parecen haber tres grandes momentos cruciales en ella. El primero es el de la Independencia y está personificado en la figura de Washington. El caballero campesino que condujo su país en el camino de la guerra hacia la victoria; y en el camino de la paz hacia la libertad y la estabilidad.

El segundo es, sin duda, el de la Guerra de Secesión, del Sur agrario y esclavista, contra el Norte igua-

litario, industrial y comerciante. Lo personifica la noble y trágica figura de Abraham Lincoln. El abogado de pueblo que se hizo uno de los mayores héroes de la justicia y de la democracia, por lo que con tanta entereza hizo, y por lo que dijo con tan iluminada elevación.

El tercero parece ser aquella hora en que, de la desesperación y de la ruina, surgió una nueva concepción de la democracia social y de las atribuciones del Estado en relación con el bienestar del individuo, que fué el "New Deal". Nadie puede disputar que esa fué la obra de Roosevelt y que en gran parte estamos viviendo en medio de sus vastas e inmediatas consecuencias.

Como todos los hombres de genuina grandeza fué apasionadamente amado y apasionadamente odiado. Las más de las veces amado y odiado por lo que no era o por lo que no había hecho. Para unos era como un semidiós, un ser dotado de las más sobrehumanas facultades, encargado de salvar la humanidad y sacarla de sus yerros seculares.

Para otros era una especie de frío malvado, calculador y maquiavélico, deseoso de perpetuarse en el poder a cualquier precio y animado de un satánico espíritu de destrucción. Son esas las gentes que todavía palidecen de ira cuando lo nombran, y que siguen repitiendo las más absurdas falsedades sobre su vida pública y privada.

Tal es el destino ordinario del hombre público, en mayor o menor escala. El sentir que su propia faz le es como negada y substituída por la dorada faz que pintan sus admiradores, o por la asquerosa máscara con que lo quieren desfigurar sus enemigos. La angustia

de sentirse desfigurado y adulterado siempre, ya sea en bien o en mal.

El propio Roosevelt, entre sus colecciones de estampillas y el inmenso volumen de sus papeles particulares, dejó una colección de sobres dirigidos a él. Les puso el título de "Flores y ladrillazos". Eran una selección de las más curiosas formas de dirigirse a él por escrito. Generalmente no tenía la mención de su nombre sino un calificativo ditirámico, las flores, o un violento insulto, los ladrillazos.

De ambas corrientes contrarias se alimenta el mito rooseveltiano. Que como todo mito es fuerza emocional que trabaja en la conciencia social.

Todos los que quieren saber de él es porque en el fondo lo necesitan. Porque quieren apropiárselo o aprenderlo. Sentirse en su proximidad, que es en cierto modo como igualársele.

Y buscar dentro del héroe, como el niño dentro del muñeco. Como para descubrirle el sencillo secreto de hacerse héroe.

Con los héroes antiguos esa visión semi-divina podía persistir y conservarse. Pero con la abundancia documental creciente que rodea a un hombre como Roosevelt, su condición de humanidad lejos de borrarse se afirma y multiplica. Por su secretaria sabemos como leía y dictaba. Por sus amigos sabemos cómo le gustaba preparar sus cocktails". Por los hombres de importancia que se le acercaron conocemos sus angustias, sus perplejidades, sus tropiezos. De hombre metido en gozo y en dolor en lo humano. Y es así como resulta más extraordinaria su figura y más vigorosa su fascinación. Porque sabemos que todo aquello salió de la misma materia de barro y de la misma sustancia de

tiempo de que están hechos todos los hombres. Allí reside precisamente la grandeza y lo extraordinario de los hombres extraordinarios.

Viva como está su obra, y viva como está en gran parte su empresa y la crisis de su tiempo, la influencia y el atractivo de Roosevelt seguirán haciéndose sentir. Muchos millones de hombres seguirán leyendo los libros que traigan algo de él.

Con la creadora emoción de acercársele y pedirle, que es la que uno ve en los ojos de tantas gentes sencillas que desfilan a diario por su casa de Hyde Park, convertida en Museo. Se asoman a la puerta de su cuarto de adolescente, y ven su cama de cobre y sus libros de vaqueros. O, en el guardarropas de la habitación principal, aquel sombrero usado y aquella oscura capa con que regresó de Yalta...

Como si sintieran que de él queda mucho todavía, y que no todo está enterrado debajo de aquel cuadrado bloque de mármol que yace en medio del jardín de rosas, en el parque.



CUADERNOS LITERARIOS DE LA ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS

PUBLICADOS:

- Nº 1.—"FOGATA", comedia dramática, por Julián Padrón. 1.000 ejemplares. (Agotado).
- Nº 2.—"AMBITO Y ACENTO", ensayo, por Ramón Díaz Sánchez. 1.000 ejemplares. (Agotado).
- Nº 3.—"TAMBOR", poemas para negros y mulatos, por Manuel Rodríguez Cárdenas, 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 4.—"TRES CUENTOS VENEZOLANOS", por Guillermo Meneses. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 5.—"ESTUDIOS CRITICOS", por Jesús Semprúm. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 6.—"ALVARO GUAICA", novela por Nelson Himlob. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 7.—"LA RESPUESTA DEL OTRO MUNDO", salnete, por Leopoldo Ayala Michelena. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 8.—"JUAN VICENTE GONZALEZ", ensayo, por Víctor José Cedillo. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 9.—"CINCO SINFONIAS", poemas de Antonio Arralz. 1.500 ejemplares. (Agotado).

- Nº 10.—"AGUA SALADA", cuentos, por José Fabbiani Ruiz. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 11.—"OJEADA AL MAPA DE VENEZUELA", ensayo, por Enrique Bernardo Núñez. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 12.—"CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA MUSICA EN VENEZUELA", por José Antonio Calcaño (Juan Sebastián). 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 13.—"ANDANZA", poemas, por Pedro Sotillo. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 14.—"PARASITAS NEGRAS", sainete, por Julián Padrón. 1.500 ejemplares.
- Nº 15.—"PONZONAS", cuentos, por Pablo Domínguez. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 16.—"NUEVOS POETAS VENEZOLANOS", notas críticas, por R. Olivares Figueroa. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 17.—"VOZ AISLADA", poemas, por Enrique Arvelo Larriva. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 18.—"VIAJE STENDHALIANO".—Tres ensayos sobre la psicología amorosa del Libertador, por Luis Correa. 1.500 ejemplares (Agotado).
- Nº 119.—"DOS NOVELAS CORTAS", por Joaquín González Eirís. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 20.—"TENDENCIAS DE LA LIRICA VENEZOLANA", ensayo, por Julio Planchart. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 21.—"MALA SIEMBRA", Comedia dramática en tres actos, por Luis Peraza. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 22.—"LAS TORRES DESPREVENIDAS", poemas, por Jacinto Fombona-Pachano. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 23.—"PANCHO URPIALES", cuentos, por Arturo Briceño. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 24.—"UN VIAJE Y SEIS RETRATOS", ensayos, por Mariano Picón Salas. 1.500 ejemplares.
- Nº 25.—"LA VIRGEN DEL CARMEN" — "VIVIR PARA LOS DEMAS", comedias, por Eduardo Innes-González. 1.500 ejemplares.
- Nº 26.—"RONDA", poemas, por Luz Machado de Arnao. 1.500 ejemplares.
- Nº 27.—"EL DOCTOR AGULON Y SU AYUDANTE", por José Salazar Domínguez. 1.500 ejemplares.

- Nº 28.—"ESTUDIOS SOBRE POETAS VENEZOLANOS", por Pascual Venegas Filardo. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 29.—"POETA, NUBE E HIJOS", prosa antológica, por Luis Fernando Alvarez. 1.500 ejemplares.
- Nº 30.—"SELECCION POETICA", por Francisco Caballero Mejías. 1.500 ejemplares.
- Nº 31.—"PEQUEÑA INTERPRETACION FILOSOFICA ACERCA DEL ESTADO", ensayo, por Guillermo Fuentes. 1.500 ejemplares.
- Nº 32.—"SOBRE EL ROMANTICISMO Y OTROS TEMAS", ensayos, por Luis Beltrán Guerrero. 1.500 ejemplares. (Agotado)
- Nº 33.—"EL POLO NEGATIVO", comedia, por Eduardo Calcaño. 1.500 ejemplares.
- Nº 34.—"PAJARO DE BARRO", poemas, por Genoveva de Castro (Yajaira). 1.500 ejemplares.
- Nº 35.—"CHIMO Y OTROS CUENTOS", por Arturo Croce. 1.500 ejemplares.
- Nº 36.—"ESTUDIOS FILOLOGICOS SOBRE LETRAS VENEZOLANAS", por Ulrich Leo. 1.500 ejemplares.
- Nº 37.—"TIERRAS Y HOMBRES", Reportajes Líricos, por Oscar Rojas Jiménez. 1.500 ejemplares.
- Nº 38.—"LO QUE LE FALTABA A EVA", comedia, por Aquiles Certad. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 39.—"EL MAR DE LAS PERLAS", sonetos, por Pedro Rivero. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 40.—"UN PRETENDIDO INTERPRETE SURAMERICANO DE SPINOZA", filosofía teórica, por Gabriel Espinosa. 1.500 ejemplares.
- Nº 41.—"LLUEVE SOBRE EL MAR", cuentos, por Gustavo Díaz Solís. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 42.—"EN LA HONDA UN LUCERO", versos, por Julio Morales Lara. 1.500 ejemplares.
- Nº 43.—"TEMAS Y APUNTES AFRO-VENEZOLANOS", por Juan Pablo Sojo. 1.500 ejemplares.
- Nº 44.—"CLAMOR DE LA SANGRE", poemas, por Juan Beroes. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 45.—"PAGINAS DE EMOCION Y DE CRITICA", por Fernando Cabrices. 1.500 ejemplares.
- Nº 46.—"RESCOLDO", poesías, por Miguel R. Utrera. 1.500 ejemplares.
- Nº 47.—"SIETE POETAS VENEZOLANOS", por J. L. Sánchez Trincado. 1.500 ejemplares.

- Nº 48.—"ASPECTOS DE VENEZOLANOS ILUSTRES", por Eduardo Carreño. 1.500 ejemplares.
- Nº 49.—"ENTRE GIL FORTOUL Y LICANDRO ALVARADO", por S. Key-Ayala. 1.500 ejemplares.
- Nº 50.—"CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL CUENTO MODERNO VENEZOLANO", por Pastor Cortés. 1.500 ejemplares.
- Nº 51.—"TRAS... TRAS... CAMINANDO...", (Reportajes Líricos), por Casto Fulgencio López. 500 ejemplares.
- Nº 52.—"POR EL MUNDO SOCIOLOGICO DE CECILIO ACOSTA", ensayos, por J. L. Salcedo Bastardo. 1.500 ejemplares.
- Nº 53.—"CUADERNO DE BUENA VOLUNTAD", ensayos, por Rafael Clemente Arralz. 1.500 ejemplares.
- Nº 54.—"INTENTONA", cuentos, por Raúl Valera. 1.500 ejemplares.
- Nº 55.—"LA DOLIDA INFANCIA DE PERUCHO GONZALEZ", novela, por José Fabbiani Rulz. 1.500 ejemplares.
- Nº 56.—"TIEMPO Y POESIA DEL PADRE BORGES", por Rafael Angarita Arvelo. 1.500 ejemplares.
- Nº 57.—"EN FUGA HACIA LA GLORIA", por J. L. Salcedo Bastardo y "CARLOS J. BELLO, EL SABIO OLVIDADO" por Oscar Yanes. 1.500 ejemplares.
- Nº 58.—"ANTONIO LEOCADIO GUZMAN, PASION DEL LIBERALISMO", por Ismael Puerta Flores, y "JUAN MANUEL CAGIGAL, HISTORIA DE UNA PASION POR LA CIENCIA", por Pedro José Vargas. 1.500 ejemplares.
- Nº 59.—"LISANDRO ALVARADO (Ensayo y elogio), por Guillermo Morón. 1.500 ejemplares.
- Nº 60.—"EL SUEÑO SORPRENDIDO", (Poemas), por Luis José García. 1.500 ejemplares.
- Nº 61.—"ORIENTACIONES Y TENDENCIAS DE LA NOVELA VENEZOLANA", por Pedro Díaz Seijas. 1.500 ejemplares.
- Nº 62.—"DOS ROSTROS DE VENEZUELA", por Ramón Díaz Sánchez. 1.500 ejemplares.
- Nº 63.—"BIOGRAFIA DE UN ESCARABAJO".—Cuentos, por Oscar Guaramaot. 1.500 ejemplares.
- Nº 64.—"PALPITO Y OTROS CUENTOS", por Mireya Guevara. 1.500 ejemplares.
- Nº 65.—"DOS MAESTROS DE VENEZUELA, JOSE LUIS RAMOS Y LUIS CORREA", por Eduardo Arroyo Alvarez. 1.500 ejemplares.
- Nº 66.—"ENSAYO BIOGRAFICO SOBRE EL LAGO DE MARACAIBO", por Vitello Reyes. 1.500 ejemplares.
- Nº 67.—"NOTAS CRITICAS", por César Zumeta. 2.000 ejemplares.
- Nº 68.—"VIRUTAS", por Marlo Briceño Iragorry. 2.000 ejemplares.
- Nº 69.—"REITERACIONES DEL BOSQUE", por Rodolfo Moleiro. 2.000 ejemplares.
- Nº 70.—"Variaciones sobre el Humanismo", por Luis Beltrán Guerrero. — 2.000 ejemplares.

**Próximo
Cuaderno Literario**

C A R D U M E N
(Relatos de tierra caliente)

**por
J. A. de Armas Chitty**

Próximo
Cuaderno Literario

C A R D U M

(Relatos de tierra ca

la Orden del Sol del Perú (Perú); Gran Oficial del Cóndor de los Andes (Bolivia); Orden del Mérito del Maestro (Bolivia); Orden de Vasco Núñez de Balboa (Panamá); Comendador de la Orden de Isabel La Católica (España); Doctor Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico; Premio Nacional de Novela "Aristides Rojas", 1947.

Ha viajado por: Francia, Bélgica, Inglaterra, Suiza, Italia, España, Marruecos, Egipto, Palestina, Siria, El Líbano, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá, Canadá, British West Indies, Estados Unidos de América.

Ha publicado las siguientes obras: *Barrabas y otros relatos* (Cuentos), Caracas, 1928; *Las Lanzas Coloradas* (Novela), Madrid, 1931; *Red* (Cuentos), Caracas, 1936; *Las visiones del camino* (Viajes), Caracas, 1945; *Sumario de Economía Venezolana* (Economía), Caracas, 1945; *El Camino de El Dorado* (Novela), Buenos Aires, 1947; *Letras y Hombres de Venezuela* (Ensayo), México, 1948; *De una a otra Venezuela* (Ensayos), Buenos Aires, 1949, *Treinta Hombres y sus Sombras* (Cuentos), Buenos Aires, 1949; *Apuntes para Retratos* (Biografías), Caracas, 1952. En prensa: *Las Nubes* (Ensayos). Ediciones de la "Biblioteca Popular Venezolana" de la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación.

CUADERNOS LITERARIOS

POESIA
NOVELA

CUENTO
TEATRO

ENSAYO
CRITICA



PUBLICACION MENSUAL DE LA
"ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS"

VALOR: Bs. 1

TIP. LA NACION - CARACAS

A. V. G.